

**Audiolibro Invasi N M Van Der
Meersch 2 Parte Cap Tulos I li Iii Iv**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Piper Velasquez (Lisburn)** - - - - SEGUNDA PARTE. CAPÍTULO Primero. 1. Desde el principio de la guerra, un buen número de fábricas de la región estaban cerradas. Algunos, sin embargo, seguían trabajando bajo la dirección de los alemanes y fabricaban tejidos utilizando el resto de las existencias. A mediados de 1915, el enemigo decidió obligar a todos los industriales a trabajar para él. Con mucha habilidad, requirió a los dueños aisladamente, uno tras otro, para vencer así más fácilmente la resistencia. Así fue cómo una tarde Hennedyck, que se encontraba en su fábrica de L'epeule, fue avisado de que un oficial de la Kommandantur le visitaría, al día siguiente, a las diez. A aquella hora aguardó en la fábrica su llegada. A las diez en punto se detuvo un automóvil con dos oficiales y un sargento. Las presentaciones se hicieron brevemente en el mismo patio. —Su fábrica está parada. Es necesario ponerla en marcha. —¿Qué artículos se han de producir? —Sus artículos corrientes. —Fabrico tejidos de algodón, de fantasía y calidades gruesas... —Disminuirá usted el número de hilos de urdimbre y trama. —Mis telares no pueden producir más que un tejido muy consistente. —Veámoslo. Hennedyck les precedió hasta las naves. Sus enormes telares ingleses de doble plegador, muy sólidos, sorprendieron ligeramente a los oficiales alemanes. Discutieron entre ellos en su idioma. El sargento, que parecía un técnico, pareció querer disuadirlos de sus pretensiones. Luego, se volvieron hacia Hennedyck y el más alto afirmó: —No importa, a pesar de esto reanudará usted el trabajo. En todas partes sucede lo mismo. Ya empezamos a hartarnos. —Muy bien —contestó Hennedyck, conteniendo él también la irritación que sentía—. Pero sin carbón no puedo trabajar. —Lo tendrá. —Ni sin aceite. —Lo tendrá. —Sin dinero... —Lo tendrá. —¿Y el personal? —Se encargará usted de buscarlo y dentro de ocho días la fábrica tendrá que funcionar ya. —¡Van muy de prisa! —exclamó Hennedyck—. ¿Y a qué precio en un principio? Dieron una respuesta que le dejó estupefacto. —Al precio que juzgue conveniente. Su precio será el nuestro. —¡Pero mi máquina, mi máquina de vapor no funciona! —exclamó Hennedyck, que había rayado los cilindros por sí mismo una semana antes. —Vayamos a verla. Descendieron a la sala de máquinas. Hennedyck les enseñó los cilindros, les explicó que la máquina procedía de Gante, que haría falta encargar allí el cilindro y que tal trabajo tardaría muchos meses en hacerlo. —Le enviaremos mecánicos. Dentro de un mes la fábrica estará en marcha. —¡Imposible! —Ya veremos. Volvieron al patio; subieron al coche y se alejaron. Hennedyck se quedó sumido en una gran perplejidad. Vacilaba. Trabajar para el enemigo era una traición, pero negarse a ello era no solidarizarse con aquellos que habían continuado trabajando bajo las órdenes del enemigo. Significaba también exponer la población obrera a represalias. En caso de negarse, los alemanes amenazarían con suspender el abastecimiento de la ciudad. El hambre sería espantosa. Y, finalmente, significaría también su destierro, su separación de su mujer, la destrucción de la fábrica y acaso la ruina. Hennedyck dudaba sopesando el pro y el contra. Fue el pueblo, el bajo pueblo, quien le enseñó el camino a seguir. Se encontraba al día siguiente en su despacho, repasando las listas del personal y preguntándose con inquietud qué sería, en caso de conflicto con la autoridad alemana, de aquellas gentes privadas de todo recurso, cuando el viejo conserje acudió a anunciarle una visita. —¿Quién es? —Unos obreros, señor. —¿De la fábrica? —Sí, Monsieur Patrice. —Hazles subir, Cesaire... —Son unos cuarenta, señor. —Ya bajo, entonces. Les encontró en la escalera, esperando. Era un grupo de hombres, mujeres y muchachos. —Buenos días, amigos. ¿Qué sucede? Vio sus rostros preocupados y con expresión hosca. —¿Alguna dificultad? Subid al vestíbulo. Obedecieron en silencio. —Vosotros diréis... Fue Lerue, el antiguo contramaestre, quien tomó la palabra. Trabajaba en la fábrica de Hennedyck desde hacía veinte años. —Monsieur Patrice, no tenemos intención de molestarle; siempre ha sido usted para nosotros un buen patrón, y por mi parte hace ya veinte años que trabajo en su casa. Pero ahora venimos a que nos devuelva nuestras tarjetas de trabajo... —¿Vuestras tarjetas? —Sabemos que los alemanes quieren poner en marcha la fábrica. No podemos trabajar para ellos. —¡Pero

si yo no voy a trabajar para ellos! —exclamó Hennedyck. —Lo sabemos, Monsieur Patrice, lo sabemos... pero hay fábricas que trabajan, ¿sabe...? Y nosotros no queremos hacerlo. —¡Bueno! Id entrando uno a uno. Os devolveré las tarjetas con la salida fechada en julio de 1914. Y, después de la guerra, seréis admitidos de nuevo, como es natural... —¡Gracias, Monsieur Patrice! Entró en su despacho más emocionado de lo que aparentaba. Fueron entrando uno a uno. A Lerue, forzando una sonrisa, le dijo: —Nunca llegué a pensar que tuviera que despedirte algún día, viejo Lerue... —Yo tampoco, Monsieur Patrice —murmuró el contra maestro. Y en su voz hubo algo así como un vago reproche. Flavie van Groede, la cuñada de los Laubigier, le preguntó descaradamente al recibir su tarjeta: —¿Es verdad, Monsieur Patrice, que va usted a hacer capotes para los boches? Otra mujer, como excusándose, le enseñó tímidamente una carta de su hijo. —Compréndalo, Monsieur Patrice. Él es quien lo quiere. Vea lo que ha escrito. Aquel hijo estaba en el frente y desde allí había sabido la noticia. Escribía: «Se dice que en Roubaix se hacen sacos para las trincheras alemanas. Si es verdad, no volveré nunca a Roubaix». Luego, la indignación fue haciéndose cada vez mayor. Era cierto que algunas fábricas trabajaban para el enemigo. Pero hacía falta juzgar sin prejuicios la situación de los industriales que habían consentido trabajar. Prescindiendo de Cámaras de Comercio y organismos rectores, los alemanes habían obrado directamente. Cada dueño, abordado aisladamente, se había sentido desarmado e impotente ante el enemigo. Este había comenzado por requisas, ordenándoles, bajo amenaza de incautación y deportación, terminar el trabajo en curso hasta terminar las existencias. Luego, les había exigido violentamente su continuación. Pero todo aquello había tenido como consecuencia provocar un cierto descontento obrero. Súbitamente, todos los rumores que corrían por Roubaix se convirtieron en realidad. Aquella amenaza de trabajo general, el ruido de las fábricas que funcionaban y donde se confeccionaban uniformes y sacos terrores para el enemigo, suscitaban una oleada de indignación. Se hablaba, también, de que los alemanes iban a obligar a todo el mundo a trabajar. ¡No! ¡No trabajarían! Impedirían también que siguieran trabajando a los que continuaban. Se amenazó a los obreros ocupados en aquellas fábricas y una multitud inmensa fue a esperarlos a la salida. Se armó un gran tumulto y los obreros desleales recibieron un correctivo terrible de manos del populacho indignado. Los centinelas alemanes, que estaban a la puerta de las fábricas, se vieron obligados a abandonar su puesto y a esconderse. Un comisario de policía que intentó apaciguar los ánimos fue asimismo tachado de traidor y tuvo que sufrir las consecuencias de aquella cólera. Entonces, espontáneamente, los obreros hasta entonces sometidos a los alemanes, se rebelaron también. Se declararon en huelga. Las fábricas se vieron obligadas a parar. Fue aquella una especie de explosión de rebeldía que conmovió a todo el país invadido, hasta llegar a la propia Lille. Hennedyck vio en ello una inspiración. ¿El camino a seguir? Se lo estaba mostrando aquel bravo pueblo brutal y tosco, con su conciencia rígida y absoluta. No había que trabajar para el enemigo. ¡Sufrir, padecer, sufrir hambre, y acaso ser desterrado! ¿No aceptaría Roubaix aquellos riesgos sin vacilar? Redactó una carta, una carta ruda y categórica a sus colegas. La terminó diciendo: «Es el pueblo de Roubaix quien nos da el ejemplo». En el fondo lamentaba que la iniciativa no hubiera surgido de los patronos y comprendía que habían dejado de cumplir su papel de conductores de masas. ¡Habían sido los obreros quienes habían dado la lección! Como ya había previsto, la carta produjo el efecto de una bomba. Todos aquellos cuyas fábricas funcionaban se dieron por aludidos. Y, al día siguiente, se convocó una reunión de industriales para discutir la cuestión y tomar en conjunto las resoluciones necesarias. Gayet, el decano en edad, se levantó reclamando silencio. —Estoy seguro, señores, de que todos ustedes habrán recibido la carta de uno de nuestros colegas, preguntándonos las intenciones que abrigamos respecto al conflicto, actualmente promovido acerca del trabajo. Acordar las respuestas es el motivo de nuestra reunión. Esta se celebraba en el «Cercle Pierre», de Roubaix. De Lille, de Tourcoing y aún de otros lugares más alejados, los industriales habían acudido para asistir a los debates. Se calló Gayet, y todos los ojos se volvieron hacia el rostro cuadrado, enérgico y lleno de voluntad de Patrice Hennedyck. Él, sin azararse, contempló uno tras otro a los asistentes con su mirada dura y franca. A su lado estaba su amigo Daniel Decraemer, el industrial de Lille, un hombre pálido y silencioso, con el aire de un soñador, de nariz afilada, ojos grises y vagos, cabellera peinada que dejaba al descubierto una frente despejada y ancha. Muy próximos a ellos, otros industriales de Lille, cuyas fábricas funcionaban todavía, formaban un núcleo hostil. Se percibía, además, una especie de clasificación por afinidades, primero, entre los representantes de cada localidad y, luego, entre los que trabajaban y los que no lo hacían. —Tal carta, señores —prosiguió Gayet—, está redactada en unos términos un poco duros... —En efecto —aprobó Wendievel, amigo de Gayet y solidario suyo en aquel asunto. —Hennedyck nos habla de crimen contra la patria. Es una palabra muy fuerte. Le interrumpió un murmullo aprobador. —Nosotros no abastecemos al enemigo —prosiguió Gayet envalentonado— ni de municiones, ni de medios de acción. Nos limitamos a cumplir una ley de guerra que no podemos eludir. El enemigo es el dueño de la situación. Nos incauta los bienes. No podemos protestar. Nos ordena trabajar y no podemos hacer otra cosa. ¿Cerró usted acaso la puerta y empuñó el fusil cuando los alemanes fueron a requisar sus tejidos? —preguntó,

dirigiéndose a Hennedyck—. No, ¿verdad que no? Pues no veo la diferencia entre dar los tejidos al enemigo o fabricarlos para él. Hubo algunos murmullos: —¡Un momento...! ¡Exactamente...! ¡En el fondo...! ¡No, desde luego que no...! —Dejarse incautar las existencias es un gesto pasivo —se aventuró a decir Hennedyck—. Fabricar es, por el contrario, un gesto activo. Esa es la diferencia. —Hay que hacer constar —siguió diciendo Gayet— que no estamos trabajando más que para defender nuestra vida, bajo la amenaza de encarcelamiento, de deportación, tanto para nosotros como para nuestro personal. Algunos obreros míos han sido encarcelados durante cuarenta y ocho horas por haberse negado a trabajar. Los alemanes me amenazaron con quemar la fábrica y dejar sin racionamiento a mis obreros si no trabajaban. ¿Qué podía hacer? Me he informado, he consultado a directores de banca y abogados, y todos han coincidido en decirme: es absolutamente necesario que no sea destruida su fábrica. Su deber de francés es conservarla intacta para que después de la guerra pueda contribuir nuevamente a la prosperidad nacional. Lo que decía Gayet era absolutamente cierto. Buscó consejo por doquier antes de tomar una resolución. —El derecho está de nuestra parte —dijo Hennedyck—. Lamento parecer duro condenando implícitamente la conducta y el buen nombre de mis amigos, pero tan solo reflexionando un poco hubieran comprendido ustedes que la Convención de La Haya prohíbe al enemigo exigir más de lo que es necesario a los ejércitos de ocupación. —Tiene usted toda la razón, Hennedyck. Pero ¿quién nos asegura ese derecho? El enemigo se apodera de todo lo que no queremos darle. Si nos negamos a trabajar, ocupará las fábricas y las saqueará. Suspendirá todo el racionamiento y obligará a la población a trabajar bajo sus órdenes. Y, además, ¿qué hace el pueblo sino trabajar? Todos trabajan. En Lille existen orfanatos que remiendan la ropa de los alemanes. —¿A tal extremo hemos llegado? —exclamó Hennedyck—. Pero nadie tiene la culpa de eso más que nosotros. Hemos dejado de cumplir con nuestro deber, no hemos hecho nada... ¡Pero no! ¡Eso no puede ser cierto! La prueba es que todo Roubaix se ha rebelado, dando el ejemplo que nosotros hubiéramos tenido que darles. Es indudable, señores, que la conciencia de sus intereses materiales es la que les impulsa a obrar de... —¿Intereses materiales? —preguntó Wendievel. —¿Creen ustedes que después de la guerra, con nuestras existencias destruidas, nuestros tejidos y nuestra maquinaria requisada, el Gobierno francés querrá ocuparse en ayudar y socorrer a gentes que le han traicionado? ¿Quién no les dice que mañana no acudirán unos aviones ingleses a bombardear nuestras propias fábricas, esas fábricas de donde salen tejidos para el enemigo? —¡Oh, no, no...! —protestaron Gayet y otros, sonriendo. No podía negarse que aquella idea de Patrice de unos aviones ingleses bombardeando Roubaix era, en extremo, grotesca—. ¡Usted exagera, Hennedyck...! ¡Qué ideas tan negras tiene usted! ¡No quiera matarnos tan pronto, amigo! Villard, el fabricante de tejidos de Nouveau Roubaix, objetó: —Su punto de vista es muy limitado, Hennedyck. Se olvida de que también tenemos que preocuparnos de la clase obrera, de sus sufrimientos y de su moralidad. Hace mucho que las fábricas están paradas. Si la guerra continúa durante mucho tiempo, no sé lo que será de mis obreros. El paro forzoso les embota y dentro de un año serán incapaces de reanudar el trabajo. Los viejos se anquilosan y los jóvenes se depravan. Hemos de preocuparnos de la salud moral de los trabajadores. Una risa irónica y confusa partió del rincón donde estaba Barthélémy David, perdiéndose en el murmullo aprobatorio de la mayoría. Todos aquellos cuyas fábricas trabajaban se aferraron satisfechos a aquellas razones, hallando en ellas una justificación a sus propios ojos. El argumento también tuvo su influencia sobre los demás, sobre los sinceros. Al lado del propio Hennedyck, Daniel Decraemer reconocía con sensatez: —Todo esto es muy cierto. No creía que... Era un hombre de conciencia excesivamente escrupulosa y que siempre sopesaba el pro y el contra de las cosas con una minuciosidad que algunas veces llegaba a irritar a Hennedyck, hombre de acción arrebatada y violenta. —No hay que olvidar —dijo Villard interviniendo— que en Bélgica trabajan todos los industriales. —¡No...! ¡Sí...! ¡No se sabe...! ¡Eso no nos importa...! Y la voz de Wendievel, escuchándose en un repentino silencio, exclamó: —En el fondo seríamos unos incautos... —Se interrumpió súbitamente, al darse cuenta de que su voz sonaba con mucha claridad. Y nuevamente intervino Hennedyck en la discusión violenta que siguió. —Si hacéis eso dejaréis de ser unos verdaderos patronos. Traicionaréis vuestro mandato. No solo se es patrono para llenarse los bolsillos... Se tienen que tener también en cuenta las almas... —He aquí, señores —dijo Gayet, sonriendo con ironía—, el resultado de una especie de misticismo industrial que no esperábamos encontrar en esta reunión. Hennedyck va a darnos un curso de filosofía. —¡No tiene usted razón, Gayet! ¡No tiene por qué hablar así! Hennedyck vaciló unos instantes, mirando fijamente a Gayet y como dudando de si contestar rudamente a la chanza. Pero se contuvo. Aquella no era hora de disputas, y, además, todos sus compañeros le animaban: —¡Continúe, Hennedyck! ¡Prosiga...! Él prosiguió: —Creo que nosotros, patronos, como contrapartida a las ventajas de tales, tenemos la obligación de proporcionar ante todo a nuestros hombres trabajo y pan, así como el ejemplo. ¿Y quién da el ejemplo ahora? El pueblo. Nosotros vamos camino del fracaso. No hablemos de dinero. Olvidémonos del interés material, que no se sabe nunca dónde está. ¿Quieren ustedes conservar sus fábricas para Francia? Eso es mentira. El verdadero deber quiere el sacrificio. ¿Temen ustedes que les jueguen alguna mala pasada los obreros? Si no quieren

continuar sufriendo, que sean ellos mismos los que cedan. Nosotros no debemos obligarles a trabajar. —Pero en Bélgica trabajan—gritó Gayet. —Ya no trabajan—contestaron varias voces—; acaban de parar. —¿Y qué hace el enemigo? —Absolutamente nada. —¿Qué les parece? Ya saben lo que ocurre. Ayer los que trabajaban podían quizás ignorar que eran traidores. Hoy están prevenidos. —A usted le es muy fácil hablar en tales términos, porque no tiene nada que arriesgar. Nunca comenzó a trabajar y su maquinaria está estropeada... —Hubiera podido hacer usted lo mismo que yo. Le aplaudieron: —¡Muy bien, Hennedyck! ¡Viva L'epeule! Le rodearon, golpeándole amistosamente la espalda—. ¡Este sí que es un carácter! ¡Bien por Hennedyck y sus principios! ¡Sometémoslo a votación! —¡Victoria! —exclamó Decraemer al marcharse con Hennedyck, Barthélémy David y el abate Sennevilliers, que había acudido a esperarles a la puerta del círculo—. ¡La unanimidad ha sido magnífica! ¡Y gracias a ti, Hennedyck! —Hubieras tenido que ayudarme de antemano, Decraemer. Me has perjudicado bastante aprobando los escrúpulos de algunos. ¡Moralidad de los obreros...! Evitarles la peligrosa ociosidad... He aquí los argumentos más malévolos. —Yo era sincero... —Lo sé, pero no debías haber llevado hasta tal punto tus escrúpulos. No es así cómo se hacen las grandes cosas. Tu conciencia es demasiado refinada. Hace falta ver más lejos, pasar brutalmente por encima de las insignificancias. —Como tú, ¿verdad? Es cierto... —De todos modos —dijo David—, el asunto está zanjado. Roubaix no trabajará. —Hasta el propio Gayet ha votado en favor del paro. Precisamente cuando su fábrica estaba ya en pleno funcionamiento. —¡Es magnífico! —exclamó el abate Sennevilliers—. Una especie de noche del 4 de agosto. —Sí, sí—repuso Hennedyck pensativo—. Aunque bien observado, aquella famosa noche del 4 de agosto me parece hoy mucho menos hermosa. No fue precisamente lo que muchos imaginan, querido amigo Decraemer... SEGUNDA PARTE. CAPÍTULO Primero. 2. Al día siguiente, la Kommandantur recibió de cada industrial una carta en la que rehusaba seguir trabajando para el enemigo. Aquellos cuyas fábricas ya funcionaban antes de la negativa general, fueron unos cincuenta rehenes entre los más ricos, tanto si se trataba de viejos y enfermos como de sanos. Un desgraciado tejedor que se llamaba Villard de apellido fue detenido junto con el verdadero Villard, a pesar de sus desesperadas protestas. Le mandaron a Alemania por algunos meses. Hennedyck, cuya maquinaria estaba destruida, fue milagrosamente excluido de la lista. Se alegró. La batalla que libraba por el periódico en compañía del abate Sennevilliers le absorbía por completo. Daniel Decraemer fue conducido a Alemania en unión de los restantes industriales. Sufrió una detención de algunas semanas. No era la primera vez que la sufría. Había estado ya antes encarcelado seis meses como rehén. Pero le pusieron en libertad antes que a los demás, porque su salud, ya quebrantada por la primera detención, terminó por agravarse. Regresó a su casa bastante enfermo, hallándose con su industria y su hogar completamente desorganizados. Daniel Decraemer estaba casado y era padre de dos hijos. Su carácter era muy particular e interesante. Aquel hombre que hubiera podido consagrarse a una obra hermosa y llevarla a buen término, se había malogrado en un amor mediocre y en la persecución del dinero. A los ojos del mundo era un advenedizo, un rico improvisado. Pero a los propios aquello no le impedía ser un fracasado. Decraemer amaba a su mujer con un fervor casi conmovedor. Hablaba de ella sin ocultar la admiración y la ternura y jamás el pudor le había impedido decir que la amaba. Había conservado una sorprendente juventud de alma y para él confluían en su mujer todas las virtudes, todos los juicios. Tenía perpetuamente para ella todos los agasajos, todas las solicitudes, todas las pequeñas atenciones de que un hombre es capaz de rodear a una mujer y que mostraban hasta la saciedad la especie de tiranía y de obsesión que sin querer ella ejercía sobre él. Los que le trataban un poco se daban cuenta de que no era un personaje cualquiera aquel Decraemer, con su rostro delgado, su frente despejada y su mirada clara, siempre perdida, su melancolía y su desencanto de hombre que, a pesar de su encumbramiento, se siente aún inferior al ideal que se ha propuesto. ¿De qué calidad excepcional debía ser el alma de quien había podido subyugar hasta tal punto semejante espíritu? Ella era alta, de aspecto sereno, con amplia plenitud de formas y admirable busto, erguido y altivo. Su rostro era pálido y terso, su nariz recta, y sus ojos, negros, de mirada lenta y calmosa. Su frente, lisa bajo las dos bandas oscuras y espesas de sus cabellos, algo imperceptiblemente desdeñoso en el pliegue de sus labios, un poco poderosos y carnales, evocaban irresistiblemente el epíteto de Juno. Ella se dejaba adorar tranquilamente, como una mujer segura de su poder, recompensando algunas veces a su marido con una mirada, con una sonrisa. Cuando los dos estaban juntos no dejaba de percibirse, al lado del amor de las almas, aquel lazo disimulado, suave y poderoso, aquella especie de gratitud feliz, de espera y esperanza constante que crea el contacto de los cuerpos. Había una fuerte parte carnal en aquel amor. Parecía incluso que Daniel quería a sus hijos por lo que encontraba en ellos de su mujer. ¿Era feliz? Sin duda alguna, debía de serlo. Antes de la guerra, había ganado mucho dinero. Tenía dos hijos de buen aspecto, afectuosos, una esposa a quien adorar y en Lille gozaba de un respeto y una consideración unánimes. Su casa era cómoda y lujosa, viajaba y llevaba una existencia dorada. Y a pesar de todo, quienes habían conocido a Decraemer en su juventud, a aquel gran muchacho arrebatado, quimérico, idealista, animado de proyectos descabellados y magníficos, se preguntaban si

realmente aquel hombre materialista había hallado la verdadera felicidad y si era aquello lo que había esperado con avidez durante su vida. Decraemer había sido un adolescente extravagante y antojadizo, dotado de un cerebro maravilloso, cuya inteligencia despertaba la admiración de sus profesores, y de una sensibilidad rara, sincera, casi sobrenatural. Un misticismo inconfesable oculto bajo la burla cruel del colegial; la risa, el sarcasmo, que se leían abiertamente y de manera muy cándida en su mirada, en sus gestos, en sus arrebatos de irritación; sus generosidades, sus intransigencias, su pasión por lo heroico; su secreto amor a la rebeldía, a la lucha, a la bandera que se hace ondear en las barricadas, le convertían en un ser notable. Su cara era alargada, de frente despejada, el pelo escaso y de un color rubio pálido, los ojos verde claro, como el color del hielo que se derrite, la boca sesgada, mal dibujada, de labios delgados y rectos. Instintivamente, ante sus rasgos, uno evocaba en aquel adolescente maduro y quimérico, vastos destinos, una existencia que se apartaba completamente de lo normal. . . ¿Y qué quedaba de todo aquello? Muy poca cosa. Daniel Decraemer se había convertido en un hombre de negocios, un comerciante. Aprendió a conocer a los hombres, a luchar, a engañar para no ser engañado, a robar cuando se le presentaba la ocasión, a mentir. . . Eso son los negocios. El trato con la humanidad brutal, ávida e inflexible, el amor al dinero, que se apodera de aquel que lo maneja, lo gasta y, poco a poco, va conociendo su fuerza; todo aquello había ahogado en Decraemer todos los altos ideales de su juventud. Daniel se había convencido de que era imposible amar al mismo tiempo a los hombres y al dinero. Por otra parte, Adrienne Decraemer había ejercido sobre su marido, a quien quería noblemente, una influencia aniquiladora, de la que ni siquiera ella se había dado cuenta. Mujer muy realista, descendiente de una familia de gentes robustas y amantes de la buena vida, adoraba el lujo, la existencia fácil y los goces sensuales. Sin querer, había encadenado a su marido a un amor carnal donde pronto perdió la independencia y ese dominio del sexo para embrutecer las almas y despertar todas las demás sensualidades. A Daniel Decraemer empezó a gustarle saborear un buen vino, una buena comida y una mesa copiosa y delicada. Se rindió al bienestar que tales cosas despertaban en su interior y lo buscó con ahínco. Empezó a hallar su encanto beatífico en las músicas cadenciosas y ligeras, en las lecturas suaves y en los espectáculos tranquilos que se escuchaban sin esfuerzo desde una butaca cómoda. Por un amor en el que la carne había desplazado largamente al espíritu, Daniel cayó en el epicureísmo, en la búsqueda del bienestar exclusivamente material, invadiéndolo con cierto escepticismo en lo que se refiere al fin de la existencia y a la misión del hombre en la tierra, olvidando las aspiraciones de la juventud. Había traicionado plenamente al idealista y al místico que hubiera tenido que ser y en que no había sabido convertirse. A veces, se daba cuenta de ello y, entonces, deseaba cambiar su existencia. Pero aquellos deseos eran muy breves y cada vez más raros. Admiraba vagamente al asceta o al héroe, a todos aquellos cuya grandeza o sublimidad despertaban en él una resonancia vagamente dolorosa. Pero la admiración ya no evocaba en él la necesidad de imitarlos. Una pasión exclusiva, excesiva por su mujer, una cierta indolencia natural en aquel carácter poco predispuesto a la acción, el temor a un posible cambio y a las preocupaciones inherentes al mismo inclinaron a Daniel a dejar las cosas como estaban, para contentarse con aquella semifelicidad completamente impregnada de materialismo que envolvía en una capa de pereza y sensualismo sus primitivas aspiraciones. En conjunto, era un magnífico ejemplo de la facilidad con que algunas personas esterilizan y paralizan su propia vida. Al regresar de Alemania, Decraemer halló su hogar sumido en un gran desorden. La fábrica se hallaba en un estado lamentable, arruinada por los saqueos, las requisas y por una destrucción estúpida e inútil. Decraemer había rehusado ponerla en marcha, y los alemanes la habían devastado metódicamente. De todo el personal no quedaba más que su contable, Mayet, hombre de unos sesenta años, de carácter débil, que se había opuesto inútilmente a las visitas y requisas de los alemanes. Apenas entró en la fábrica, Daniel se sintió preso de verdadera consternación. ¿Cómo rehacer todo aquello? ¿Cómo remediar aquel desastre? Dejó aquel problema para más tarde y centró momentáneamente todos sus esfuerzos en su hogar y su familia, igualmente amenazados. Durante la ausencia de Daniel, Adrienne, su mujer, había sufrido un rudo calvario, y Jacques, su hijo mayor, había enfermado de escarlatina. Aislado demasiado tarde, había contagiado la enfermedad a su hermanita Louise. Jacques, que pronto cumpliría los doce años, había heredado la constitución sanguínea de su madre y se había restablecido con rapidez. Pero Louise, que solo tenía siete años, era más bien delicada, habiendo heredado de su padre la naturaleza linfática, no terminaba de curarse. Por las noches, tenía fiebre, enflaquecía, crecía con exageración, entristecía y no tenía apetito. Todos aquellos síntomas alarmaban en grado extremo a su madre. Decraemer amaba entrañablemente a su hijita. Al hallarla en aquel estado, se sumió en una angustia loca que no podía demostrar. Llamó a muchos médicos, pidió a los amigos dinero para poder vivir, se puso en actividad y se defendió a sí mismo y a los suyos. Con todas sus fuerzas intentó proteger lo que quedaba de la fábrica, a fin de conservar intacto para después de la guerra aquel supremo recurso. Desde que los industriales del Norte, bajo la generosa influencia de Henedyck, habían rehusado trabajar para el enemigo, este procedía metódicamente a la destrucción del material, pretendiendo abiertamente arruinar para siempre la industria textil de la región. Empezó requisando todas las materias

primas, lanas y algodones, después las lanas lavadas, seguidamente los productos ya hilados y, finalmente, los mismos tejidos. Pero los alemanes no se detuvieron aquí. Sucesivamente, fueron quitando a las fábricas la instalación eléctrica y después esta misma. A continuación, los cueros, el caucho, borras, todo lo construido con acero, las correas de transmisión, las poleas y los ejes. Una vez llevado a cabo este metódico saqueo, la fábrica quedaba por completo desmantelada. Daniel Decraemer había montado unos años antes una pequeña fábrica de tejidos de lino al lado de sus hilaturas. En aquel ramo los alemanes llevaban un retraso con respecto a Francia. Daniel tuvo que soportar con rabia incesantes y prolongadas visitas a su maquinaria. Alemanes vestidos de paisano, industriales, acudían a estudiar, a tomar notas y dibujar. Entre ellos reconoció a algunos competidores suyos de antes de la guerra. Finalmente, para completar su documentación, se llevaron todas las máquinas y telares, los planos y hasta los dibujos de los tejidos. De la fábrica no quedaron más que las inmensas y sonoras naves, lúgubres, llenas de chatarra. Pero Decraemer seguía sin desanimarse. Tenía en sus sótanos, obstruidos por escombros, una enorme existencia de tejidos de lana y de algodón. Solo él, su contable y el hijo de este conocían el escondrijo. Sin duda alguna, muchos de aquellos tejidos, comidos por la polilla y las ratas, serían inservibles después de la guerra. Pero no habrían caído en poder de los alemanes. Decraemer ponía en ello todo el orgullo, todo el furor patriótico que los sufrimientos y la opresión inimaginable del enemigo habían suscitado en las gentes del Norte. Aquella tortura de los espíritus, aquel régimen de tiranía, excitaban hasta el paroxismo el amor y el dolor hacia Francia. Se habían convertido, como lo fueron los alsacianos después de 1870, en más franceses que los mismos franceses. Habían hecho de ello un ideal. Una cinta tricolor hacía asomar las lágrimas a sus ojos y efectuaban actos de verdadero heroísmo que se hubieran creído incapaces de realizar antes de la guerra. Era aquella una atmósfera febril, de exaltación, de rabia, de fervor, que difícilmente podrían llegar a comprender los que no la vieron. En Decraemer, naturaleza generosa, aquel sentimiento de patriotismo rayaba en el fanatismo. Aquel hombre, a quien la vida había conducido a desestimar en él toda faceta idealista, vio renacer en sí la fe en la patria. Hizo de aquella fe una religión, una creencia. Le sacrificó de buena gana su fortuna, igual que hubiera dado su vida. Dejó de razonar y se entregó a ella, creando casi con ella una moral. Sus sentimientos mejoraban y se hizo más noble. Toda su conducta cambió un poco, como la de un converso. Porque todos los grandes ideales, tanto si se trata de una religión, un arte o un gran amor puro, elevan el alma. Para encumbrarse, el espíritu hace lo que un pedestal. Por otra parte, Decraemer se sentía sostenido por el ambiente y por el medio. Las abnegaciones y los actos sinceros abundaban en aquel tiempo. Los más escépticos estaban atraídos por aquella corriente de patriotismo. Claro que al lado de ella existían los renegados y traidores, aquellos que pactaban vendiendo al enemigo sus géneros, confeccionando para él sacos y ropas con los géneros robados. Pero el disgusto que aquello causaba en Decraemer y en los demás aumentaba por reacción su odio hacia el enemigo y su amor a la vieja Francia. Así fue cómo se disolvió el escepticismo en el carácter de Decraemer. Había sufrido demasiado en los campos de concentración alemanes. La filosofía, la resignación y una cierta serenidad son inherentes al bienestar, a la vida cómoda. El dolor, las pruebas, los sufrimientos, no admiten nunca la diferencia. Crean, por el contrario, la rebeldía, las convicciones, las luchas. Decraemer comprendía que si quería resistir tenía que aferrarse a algo, por lo menos aceptar momentáneamente, verdadera o falsa, una bandera de lucha y no entorpecer sus energías con aquellas palabras perpetuamente estériles: «¿Para qué? Los justos serán las víctimas...». Los ejemplos se sucedían a su alrededor, la influencia vitalizadora de toda aquella multitud que aceptaba los sufrimientos para ser fiel a la patria ausente, ayudaban a Decraemer en sus propósitos. Y, por otra parte, aquello representaba también el fin de la industria, de aquella terrible y desmoralizadora batalla sin cuartel que se llaman negocios. Lucha feroz, competencia, envidias, traiciones, mentiras; todo aquel espectáculo cotidiano no servía más que para agriar al hombre. ¿Ha soñado alguien alguna vez en hacerse santo por medio de los negocios? Perpetua transacción con la conciencia, mundo aparte donde no reina la moral, los negocios representan una lucha feroz con los semejantes... Los mejores intentan evadirse de aquel mundo durante algunas horas para convertirse en humanos. Quien aplicara el Evangelio a los negocios haría bancarrota. En ninguna parte se aprende mejor a confundir beneficio con robo, a desalojar el espíritu de la codicia, de la crueldad y del dominio. Alejado de aquella lucha, de aquella embrutecedora pugna, Decraemer se iba sintiendo progresivamente hombre. El ambiente también había cambiado en su hogar, lo mismo que la vida fastuosa, tranquila y cómoda de antes de 1914. Las recepciones, las fiestas, la preocupación por la comodidad, una cierta sensualidad, todo aquello, había desaparecido con la guerra. No tenían criados y vivían en las cocinas, donde la misma Adrienne preparaba las comidas. Cerraron las grandes salas de recepción, que desprovistas de sus brillos, los bronceos y sus adornos, presentaban un aspecto desolado y pobre. Y una sobriedad monacal en las comidas y distracciones, una existencia de trabajo y de tristeza alrededor de la pequeña Louise que no se restablecía de su enfermedad, contribuyó a unir a los dos esposos y les enseñó a comprenderse y a quererse. Después de dos años de sufrimientos, Adrienne había perdido toda su soberbia. Ya no era la Juno de busto

exuberante, de tipo majestuoso y paso lento de reina, que acogía con mirada tranquila las ternuras de su marido. El orgullo propio de su casta, de su riqueza, de su belleza y de su cultura, había desaparecido, convirtiéndose en una esposa sufrida y en una madre preocupada por sus hijos. Había adelgazado. Su tez pálida estaba marchita. Su frente despejada se había cubierto de arrugas, sus ojos habían perdido brillo y su boca estaba hundida. Se peinaba sin gracia los espléndidos cabellos negros en un moño hecho de prisa, llevaba delantales de cocina sobre sus viejos vestidos y echaba a perder sus finas y frágiles manos en el agua grasienta. Avejentada y afeada, se había convertido, sin embargo, a los ojos de Daniel, en otra persona, menos atractiva y más humana, al mismo tiempo... más esposa y más madre. Y el amor que Daniel sentía por ella se purificó, perdiendo lentamente su carácter carnal y violento que hasta entonces le había hecho aparecer ante ella solícito, inquieto y servicial como un amante. Hubiera podido decirse que su mutua ternura se había hecho más tranquila y más razonada y más confiada. Un incidente que ocurrió en aquella época sirvió también para que Decraemer se confirmara en su tenacidad valerosa. Uno tras otro, los industriales de la región fueron llamados a la Kommandantur de Lille. —Queremos reconocer nuestra deuda de guerra. Fijen ustedes la cantidad y les garantizaremos el pago. Si no es así, no verán un solo céntimo. Ni un solo industrial aceptó la propuesta. —No queremos tratar con el enemigo —dijeron uno tras otro, sin haberse puesto antes de acuerdo. Decraemer se sintió feliz y animado ante aquella actitud. Conocía a sus colegas. Nueve de cada diez habían rehusado por miedo, recordando la lección de Hemedeyck. Pero era igual, aquello probaba que, efectivamente, podía intentarse algo, que un solo acto valeroso electrizaba a la multitud. Y Decraemer recordó las palabras que no había podido comprender en su infancia y cuyo profundo significado se le ofrecía entonces: levadura del mundo... Sí, levadura, germen infinitamente pequeño, polvo viviente que animaba a las masas amorfas. Comprendió que, aun sin tener presente las ideas religiosas, era beneficioso que el hombre tuviese principios morales y que, perdido, aislado, aplastado entre el egoísmo y las indiferencias universales, pudiera actuar, encauzando aquella indiferencia, transfigurándola y convirtiéndola en levadura del mundo. ¡De manera que la vida tenía un sentido! Decraemer, que hasta entonces se había sentido abrumado por el pesimismo y por la convicción de que era inútil toda tentativa para hacer el bien, pensó que podía creerse en una misión, en un deber. ¡La acción, la buena acción no era inútil! Experimentó una sensación de alivio, de exaltación, de felicidad intensa. E instintivamente fue más lejos, buscando más allá de aquellas convicciones un principio, un motor espiritual cuya existencia pudiera explicar y aclarar aquel impulso, aquel empuje generoso que sentía en su interior. Aquellos días vivió sumido en una especie de confusión, pareciéndole que su pensamiento se disgregaba para volver a rehacerse, reuniendo bajo otra forma todo su contenido, todos sus elementos. Del mismo modo que la ninfa en su envoltura queda reducida a una materia fluida, sufriendo una metamorfosis confusa, fantástica, misteriosa, de la que surge, alado y perfecto, el nuevo insecto... Louise, la pequeña, se restablecía lentamente. Empezaba a salir, a deleitarse con un poco de sol y aire. Pero, a pesar de sus siete años, seguía con expresión grave y poco alegre. Una mañana comenzó a toser. La cuidaron sin alarmarse demasiado. Al anochecer la tos se agravó. A medianoche la dolencia tuvo una evolución tan brutal, que corrieron a llamar al médico. Estaba ocupado en un parto y no pudo acudir hasta el amanecer. Louise tenía la difteria. Murió dos días después. Decraemer estaba velando a la pequeña muerta. Había dado orden de que no entrara nadie; pero Mayet, su contable, rompió la consigna. —Monsieur Daniel, los alemanes han ido a la fábrica. —¿Y a mí qué me importa, Mayet...? —Han descubierto los sótanos... —¿Los sótanos? —Y... yo no soy ya su contable, Monsieur Daniel... —¿Está usted loco, Mayet? —Monsieur, perdóneme... El pobre hombre se echó a llorar. —Tuve sospechas... Estaba seguro de que no habrían podido encontrar nada por sí solos... Mi hijo gastaba mucho dinero desde hacía unos días. ¡Descubrí siete mil francos en el forro de sus ropas! Estalló en sollozos. Decraemer quedó aterrado, medio aturdido de consternación, de disgusto, de terror. Repentinamente cogió a Mayet por el brazo. —¡A la fábrica! —¡Monsieur Daniel! —¡Rápido! ¡A la fábrica, Mayet! ¡No cogerán nada, absolutamente nada! Contempló un instante el lecho de la pequeña, besó sollozando las frías mejillas y salió de la estancia como loco. Mayet corrió tras él con todas sus fuerzas. Fue aquella noche cuando estalló el incendio de las fábricas Decraemer. Todo se quemó, los edificios, los restos del material y millones de kilos de algodón y lanas. El incendio duró tres días. Todo Lille olía a lana quemada. Los alemanes detuvieron a Decraemer en la cabecera del lecho de muerte de su hija. Fue enviado a un campo de concentración de Alemania, sin haber podido siquiera verla hasta el final. SEGUNDA PARTE. CAPÍTULO Segundo. Barthélémy David atravesaba el populoso barrio de L'epeule, dirigiéndose hacia Barbieux y su vivienda. Estaba contento. Venía de la fábrica de Wendievel, en Fontenoy. Había comprado mil piezas de paño por 300 000 francos y sonreía para sus adentros, pensando en el temor del viejo Wendievel, en las truhanerías y en las mil precauciones que había adoptado para no ser molestado después de la guerra. Pues todos aquellos que vendían a Barthélémy David sabían que lo que él compraba se iba directamente a los alemanes. Wendievel era portador de un antiguo apellido de la aristocracia de Roubaix. En cierta ocasión tuvo una honorable

bancarrota que le dejó intacta su reputación. Aquello había ocurrido treinta años antes. La cantidad comprometida ascendía a 750 000 francos. Wendievel había rembolsado, de acuerdo con sus acreedores, el 40 por 100 de la deuda, quedando el resto pendiente de liquidación en espera de mejor época. El proceder fue irreprochable a los ojos de todo el mundo. Y como en las grandes familias se acostumbra tener la preocupación por la dignidad y el honor del nombre, sus parientes le habían ayudado a rehacerse, abriéndole una nueva hilatura que aquella vez prosperó. Vivía en un hotelito coquetón en el Boulevard de París; pero, a pesar de la «mejor época», no había saldado el resto de la deuda. Después de estallar la guerra, Wendievel se consideró muy desgraciado. No había posibilidad de trabajar. Aquel maldito Hennedyeck había puesto el veto. Trabajar, en aquellos momentos significaría ser incluido en el índice. No había dinero y para vivir era necesario recurrir al capital. Se habían acabado los buenos cigarros, los buenos vinos, las cenas finas en Lille, en casa de «Divoire», en el «Rocher de Cancale» o en la «Cathédrale de Tournai», o en la «Chantelle de Yprés», o en «Damier de Courtai». . . ¡Maldición! Toda la alegría del mundo había desaparecido brutalmente. Los alemanes envenenaban literalmente la existencia. Registros, registros, requisas, abusos, molestias; aquello no se terminaba jamás. Tuvo que permitir que le incautaran los dos caballos de su carruaje; luego, todo el cobre de su casa; arañas de bronce, deliciosas estatuas, pesados candelabros, tinteros, copas, vasos y péndulos. Después le tocó el turno a sus vinos. Su bodega incomparable desapareció en el espacio de un día. Luego, los colchones, la ropa de las camas, la ropa blanca y su piano. La vida subía cada vez más. Wendievel veía desaparecer rápidamente su dinero, y Paulina, su vieja criada, acudía a él con lágrimas, como si fuera culpa suya, para decirle que necesitaba más dinero. . . Él le daba un billete entre interminables lamentaciones y reproches. Algunos días antes de la movilización había cambiado prudentemente 60 000 francos papel por oro y el tesoro dormía en el fondo de su bodega. Lo gastaba con cuentagotas vendiendo sus monedas de oro de cuatro en cuatro a un tal Etienne. . . Los agentes de Bolsa nunca daban su apellido. El pequeño jorobado, que vivía en L'epule y traficaba en oro, le daba el cincuenta por ciento de prima. Pretendía revender el oro en las cervecerías. Hiciera con él lo que quisiera, fuere lo que fuese, el pretexto bastaba para tranquilizar la conciencia de Wendievel. Pero, una mañana, aparecieron de improviso los alemanes. No sabían bien lo que buscaban. . . Un espía oculto, una estación de TSH. o algún objeto de valor olvidado. Una vez más la casa fue saqueada. Tras un tonel un policía de fino olfato descubrió el saquito de oro. Quedaban cincuenta mil francos en monedas de oro y 15 000 en billetes del Banco de Francia. —Es mío —gritó el desgraciado Wendievel. —Le será pagado su precio. Se lo llevaron todo. A su manera fueron honrados, aunque de una honradez que no se acomodaba a la conveniencia de Wendievel, pues le abonaron escrupulosamente 65 000 francos. . . pero en bonos municipales. Creyó morirse de una apoplejía. Los precios estaban por las nubes. Una botella de vino costaba 60 francos, un pollo pequeño 100, un pan blanco otros 100 y otro tanto un litro de aceite. Precios como los que conociera Danglars en la célebre prisión del conde de Montecristo. ¡Pero aquello no era ninguna novela! Únicamente un solo artículo había experimentado una sensible baja: las mujeres. Se conseguía una muchacha por nada, casi por un pedazo de pan, ni plato de comida frío en una taberna o unos bombones en una pastelería. El hambre que torturaba a todos había hecho de aquellos tiempos la edad de oro para los libertinos. Pero Wendievel se negaba a pagar doce francos por un pastel de chocolate o cuarenta por un vaso de «Cointreau» para alegrar los bellos ojos de Lisette. Entre otras preocupaciones, la pérdida del oro le hacía abrigar profundas aprensiones por los tejidos que tenía ocultos. Había escondido en el fondo de la chimenea de su fábrica mil piezas de tejidos de lanas y hubiera querido liquidarlas, convirtiéndolas en dinero. Sabía que los alemanes —al menos algunos de ellos— ofrecían grandes cantidades por géneros para revenderlos en Alemania. Allí faltaban tejidos, pues todo estaba confiscado por el Ejército. Y muchos, aprovechando que hacían la guerra en la Francia ocupada, se ponían de acuerdo con ciertos fabricantes y expedían todo lo que hallaban por cuenta de los grandes almacenes de Alemania. Pero por otra parte, Wendievel experimentaba un pánico terrible en todo cuanto se refería al enemigo. Sentía temor de ser engañado por aquellas gentes que tenían la fuerza de su lado, que en todo momento podían romper un trato e imponer su voluntad. Y, sobre todo, sentía el miedo de la posguerra, de la acusación horrible de tráfico con el invasor, de traición. . . No; decididamente no quería comerciar con el enemigo. Hacía falta hallar un medio para deshacerse de todo sin que pudieran hallar en ello nada censurable. Algunos lo hacían bien, liquidando poco a poco enormes existencias, sin que nadie tuviera nada que decir, sin establecer siquiera contacto con el enemigo. Villard, Gayet y muchos otros. . . Se sabía que todo salía para Alemania, pero nadie lo decía abiertamente. No eran los alemanes quienes compraban. Al principio, los tejidos salían para Holanda, salvando así las apariencias. Wendievel se acordó de Barthélémy David, el destructor de fábricas. Se rumoreaba que aquel hombre compraba también almacenes enteros, pagándolos al contado. Decidió dirigirse a él. La transacción fue difícil. Al principio, Wendievel se atemorizó al ver que David entraba en su fábrica en compañía de un oficial alemán. Fue necesario aclararle que Krugg, el oficial, actuaba personalmente como representante consorcio de grandes almacenes y no

como agente de las autoridades alemanas. Luego se discutió el precio. Wendievel quería vender por metros y David ofrecía, en cambio, trescientos francos por pieza. Lleno de furor, Wendievel hubiera querido estrangularle. Le llamó ladrón, judío, saqueador. Luego abordaron la cuestión del transporte. Al abordar este asunto, faltó poco para que el negocio fracasara. David le dijo que unos camiones alemanes irían a recoger el género. —¡Camiones alemanes! — Claro que sí... —¡No quiero! ¡No quiero saber nada! ¡No quiero que luego me fusilen! Fue necesario extender un contrato de venta legal en el que constaba que todo lo referente al transporte y entrega era de incumbencia de David y que Wendievel no estaba mezclado para nada en ello. David estaba ya acostumbrado a todo aquello. Se sabía perfectamente que todo lo que él compraba salía inmediatamente para Alemania, vía Bruselas. Pero quería salvar las apariencias y permanecer dentro de la legalidad. Pensaba todo aquello mientras recorría el Boulevard de Cambrai. Su sombrero flexible de anchas alas proyectaba una sombra sobre su rostro bilioso y fatigado de aventurero y de apasionado, prestándole un aspecto algo romántico. Andaba pesadamente, con un paso vacilante y los puños cerrados, mostrando ostensiblemente un diamante insolente en su corbata y unas sortijas enormes en sus dedos. — Buenos días, señor David —decían las gentes. Una generosidad fácil le hacía ser amado por el pueblo y él gustaba de aquella popularidad. —¡Buenos días! ¡Buenos días! —respondía. Y saboreaba la satisfacción de ser alguien, de ser un poderoso después de haber vivido tanto tiempo fuera de la legalidad. Habían sido aquellos los tiempos heroicos de su juventud, de los que le habían quedado el gusto por la ostentación, el oro, las joyas y el fausto. Había podido darse buena cuenta de la importancia que la Humanidad concede a las apariencias y, más tarde, el trato con las clases burguesas no había modificado en nada su opinión. Barthélémy David tenía cincuenta y cinco años. Había sido un poco de todo: faquín en las calles, buhonero, charlatán por las ferias, Hércules de tabladillo. En su juventud había practicado el fraude, pasando luego seis meses en la cárcel por una riña y había cumplido el servicio militar en los batallones de África. Los viejos concurrentes a los cafetines próximos a la estación pretendían incluso acordarse de los tiempos en que David cultivaba a las mujeres como un instrumento de beneficio... Sus múltiples actividades se fueron reduciendo, poco a poco, y, a fuerza de embrollos, llegó a convertirse en contratista de demoliciones. En diez años logró acumular una pequeña fortuna. Y como el dinero llama al dinero, se aprovechó del impulso industrial de las regiones del Norte para especular con las compras y las ventas de material viejo y de fábricas para el derribo. La riqueza acabó por darle una respetabilidad que ni siquiera había buscado. Muchos se apresuraron a cultivar su poderosa amistad, invitándole y rogándole que ingresara en el «Círculo Pierre», de Roubaix, a pesar de sus seis meses de cárcel y el recuerdo de su vida anterior. Dejó que le adularan, sin mostrar por ello mucha sorpresa, y escondió su menosprecio. Acostumbraba jugar fuerte con un aire de indiferencia, ayudaba a los imprudentes jovencitos elegantes y poseía hermosos caballos, joyas deslumbrantes y mujeres bellas. Su pelo negro, sus ojos castaños y su tez aceitunada le daban el aspecto arrogante de un español o de un sudamericano. Estaba orgulloso de su vigor físico. Podía decirse que el feriante, el luchador, no había desaparecido jamás totalmente en su interior. Pero incluso aquellos que se burlaban de él sentían cierto respeto ante su fuerza y su lujo. Al estallar la guerra, Barthélémy David había gastado todo su activo líquido en la compra de una importante fábrica en Calais. Se halló en Roubaix sin recursos, pero aquello no le asustó. Comenzó por traficar en todo lo que halló a mano: mantequilla, vinos, carbones, víveres, paños. Luego, el azar le hizo trabar conocimiento con un tal Krugg, antiguo agente de compras de una gran casa de confecciones de Hamburgo. Los industriales franceses guardaban en sus fábricas, a despecho de los frecuentes registros, una enorme cantidad de tejidos que nadie podía comprar en Roubaix y que tampoco querían entregar al enemigo. La población alemana, por otra parte, estaba falta de todo y sufría el bloqueo. Krugg tuvo la idea de hacer que su amigo David comprara todas aquellas existencias de tejidos para revenderlas en Alemania. David sirvió así de intermediario para la realización de tales negocios, haciendo posible el incógnito de quienes no querían dar sus nombres. También obró a la inversa, comprando a los representantes alemanes los productos que abundaban en Alemania; azúcar, carbón y carnes procedentes de Dinamarca y Holanda, que luego vendía a los ricos, haciendo, por otra parte, tanto por gusto como por cálculo, grandes donativos a los pobres y a las instituciones de caridad con una buena parte de los beneficios. Repartía azúcar y carbón a los hospicios y la alimentación de muchas familias dependía enteramente de él. Pero es de notar que su piedad era bastante superficial. Le faltaba sensibilidad y no había sentido nunca la impresión penosa o dolorosa que pone el corazón en vilo en un trance grave. Sin embargo, era una de esas gentes que vacían su portamonedas en las manos de un desgraciado y no podía ver a un andrajoso ante el escaparate de una pastelería sin hacerlo entrar a coger una indigestión de pasteles. Caridad un poco brutal como toda su persona, pero que en la mayoría de los casos procedía de una verdadera compasión hacia un sufrimiento inmerecido. Su casa y su jardín estaban situados entre la rue de las Vilas y el Grand Boulevard. Era una construcción suntuosa, de una riqueza ostentosa de la que muchos se burlaban, pero que todos envidiaban. Nuestro hombre conocía mejor que nadie los misterios del crédito y el arte de cegar los ojos de los demás con polvo de oro.

David no llegó hasta Barbieux. En el Boulevard de Cambrai se detuvo delante de una casa alta, extensa, pero de aspecto desagradable, ahogada entre construcciones vecinas y que por todo jardín poseía un estrecho patio delantero. Sacó una llave del bolsillo y entró. El vestíbulo era solemne y helado, con pavimento de mármol blanco y negro. Una criada con cofia le salió al encuentro. —¿Está arriba Madame? Bien; subo ahora mismo. Subió la escalera que conducía al primer piso y abrió una puerta. La estancia era demasiado grande, sombría y estaba resguardada del sol por grandes cortinajes que ocultaban las ventanas. Flotaba un fuerte perfume de benjuí y de esencia de Oriente. Unos sillones enfundados como fantasmas, veladores, banquillos, antigüedades, un secrétaire Luis XV, un escritorio de la misma época, de línea fina y elegante, pero que desentonaba con el resto del mobiliario, y un diván Recamier, eran todos los muebles que llenaban todo el salón con un estudiado desorden. Sobre la chimenea, de mármol verde y antiguo, se veía un hermoso reloj de concha. En una mesita junto a la ventana, iluminado por la débil claridad que se filtraba a través de las cortinas de adamascada seda azul, destacaba un mármol de Carrara: la figura de un niño llorando. El mármol era de una finura y una transparencia maravillosas, de un blanco lechoso casi enternecedor en el haz de claridad que le bañaba a contraluz. Del techo pendía una complicada araña de Baccarat. Ante una mesa de juego de caoba estaba sentada una mujer de espaldas a la puerta, contando unos paquetes de cartas y dando fin a un solitario. —¿Eres tú? —exclamó ella sin volverse. —Sí —repuso David, desplomándose sobre un sillón que crujió bajo su peso. La mujer recogió las cartas y las metió en una caja cerrada de cuero. Tenía unos cuarenta años, era alta, muy delgada, las facciones casi enjutas, tensas y los ojos ardientes. Llevaba un elegante vestido y sus delgados dedos llamaban la atención por las grandes sortijas que ostentaban. —¡Cómo apesta ese cigarro! —exclamó ella—. ¿Cuándo abandonarás esa terrible costumbre? ¡Mira la ceniza que echas sobre mis alfombras! ¿No puedes ir a fumar a otra parte? —Precisamente vengo aquí para fumar tranquilo. Hacía ya veinte años que Albertine Maylly era la amante de David. Hija de un comerciante de legumbres, había huido de su casa a los diecisiete años para irse con él. Ella había sido testigo de su iniciación en el negocio de los derribos, cuando no era más que un simple obrero de la gran casa «Florens». Se había aprovechado del sorprendente encumbramiento de David y era a la vez ambiciosa y codiciosa. A costa de David había acumulado una respetable fortuna que administraba juiciosamente. Se había comprado aquella casa, joyas y muebles. Le hubiera gustado dar recepciones, hacer de gran dama e interiormente se desesperaba de no poder tener acceso al círculo escogido de las «grandes familias» de Roubaix. Pero David, siempre se había negado a casarse con ella. A aquel hombre le horrorizaba cualquier lazo. En ciertos aspectos seguía siendo un anarquista, amante de la ilegalidad. Albertine se consolaba recibiendo a antiguas amigas a las que deslumbraba con el espectáculo de su opulencia, tiranizando a la servidumbre y conquistando en los almacenes de la ciudad y de Lille la reputación de ser la cliente más pródiga y exigente. Se había mandado confeccionar un vestuario regio y que apenas tenía ocasión de lucir. Consideraba todo aquel lujo como un botín cogido al enemigo y atesoraba en sus armarios martas, cibelinas, plumas de avestruz y de aves del paraíso, sedas del Japón, pieles y paños, engarces en plata y oro, broches de jade, de coral, de ónix, de marfil, sombreros de paja fina, encajes de Malinas, de Brujas, y de Valenciennes con igual espíritu que conservaba en sus cajas fuertes acciones carboníferas y del Banco de Francia. Pero, a pesar de su opulencia, ella se aburría. Sentía nostalgia de su juventud, del carrito materno de manzanas y naranjas, de sus andanzas, de sus bailes, de sus veladas en los cabarets y de aquella vida anterior populachera. Frecuentemente, en sus horas de aburrimiento, descendía a la cocina y tomaba café con las criadas, hablándoles de David y de los insultos que le infligía, jugaba con ellas a las cartas y pasaba una tarde feliz. Pero, al día siguiente, su carácter volvía a ser el de siempre y la antigua vendedora de legumbres se mostraba más desdeñosa hacia aquellas que le servían que la más altiva descendiente de nuestros magnates industriales. Sin embargo, David seguía conservándola. No ignoraba nada de lo que ocurría. Era de aquellos que una larga contender termina bruscamente con un estallido. Sabía perfectamente la calidad de afecto que le profesaba Albertine. La parte de codicia, de odio, de rencor y de temor que tenía el amor que ella sentía por él. En su presencia ella parecía una fiera domada que se venga cumplidamente en cuanto puede. Él estaba enterado de que Albertine había acumulado una fortuna a su costa y que algunas veces incluso le había engañado. Pero él había llegado a aquella edad en que se comienza a amar a los seres más que por sí mismos, por los recuerdos y costumbres que evocan. El cambio la atemorizaba. Albertine y él se conocían, sabían mutuamente su pasado. Cuando estaba a su lado él se quitaba la máscara y la armadura. Volvía a ser Barthélémy, el feriante, el luchador, el aventurero, el hombre del pueblo, que seguía siendo del pueblo. Sin hacer caso de sus protestas, se abandonaba en su presencia. La falsedad del mundo le pesaba como un arnés. Procuraba olvidarla, mientras fumaba cómodamente, sin que ella se atreviera a enfadarse en presencia de las sirvientas. Él era hombre capaz de recordarle ante cualquiera la época en que ambos tiraban del carretón de las frutas. Además, ella tampoco ignoraba nada de él, de sus aventuras, de sus tropiezos con la autoridad, de su vida violenta y sus instintos arrebatados. David se sentía a gusto a su lado y se

atreví a hablar confiadamente. Él que arrastraba tras de sí un oscuro pasado, un mundo de recuerdos y pensamientos secretos, de dramas, toma el hábito del silencio, de la continua vigilancia de sí mismo. David hablaba poco y sopesaba sus palabras y sus gestos. Albertine representaba para él un alivio a su reserva. Él solo volvía a ser el de siempre cuando trataba con los niños, o con el pueblo de donde procedía. Aquella era la causa de su popularidad en L'epeule. Toleraban su hotelito, su lujo, su amante, porque sabía hablar patois, aceptaba de buena gana una pipa de tabaco belga y apreciaba la ginebra de Wanbrechies. También con Albertine podía permitirse ser el mismo de siempre. Y, cosa paradójica, seguía conservándola porque le era indiferente. Ya no le apasionaba y sabía que a su lado no podía haber sorpresas ni dramas. Para aquel hombre, harto de aventuras, amante de mujeres y de riesgos, embarcado sin cesar en una intriga o en una situación peligrosa, ella significaba el reposo, la tregua, la tranquilidad. Muchas gentes de esa condición gustan de hallar así la paz de los sentidos y del espíritu. Había entre ambos un pasado de pasiones violentas, de disgustos, de peligros, de victorias y de derrotas, de odios, de golpes y de malos tratos recíprocos, de traiciones y rencores, que les unían a pesar suyo, y que Albertine le hacía purgar, robándole y explotándole. El odio había llegado a ser casi el único lazo que le unía a él, que llenaba su existencia, hasta tal punto que se hubiera sentido extrañamente sola, aburrída y como perdida, de no haber podido colmar su vida con aquel conjunto de amargura, de celos, de luchas, de triunfos y de venganzas sórdidas, aquella constante batalla de conquista y explotación que para ella representaba David. —¿Nada nuevo? —preguntó él, aspirando el humo de su cigarro. —Nada... ¡Ah, sí! Han venido a postular para los hospitales. Se está formando una Comisión. Todos los nombres de relieve figuran... ¡Otra cosa a la que hubiera podido pertenecer! Él se echó a reír. —¿Puedes reírte! Esto no impide que en nuestro mundo... —No hablemos de nuestro mundo, ¿quieres? Dejemos esta farsa para los demás. Fue hacia el armario y buscó entre las botellas vacías. —Tienes suerte que soy de buena pasta. Otra... —Es curioso; creo que quedaba un poco de oportó. —Sí, sí, habla de otra cosa. Eso no impedirá que si yo no hubiese sido tan estúpida... —¿Quéjate ahora...! Encendió un segundo cigarrillo con la colilla del primero. —¿No sé por qué me he unido a un hombre como tú! —Yo sí sé por qué lo hiciste. —¿Por qué? —¿Ha sido un buen negocio! —¡Imbécil! Ante todo, te ruego que apagues ese cigarro. La tapicería apesta a tabaco... —Es excelente para la polilla. —¡Tira ese cigarro! —¡Jamás! Ella se precipitó hacia él, y, arrancándole violentamente el cigarro, lo echó a la chimenea. —¡Albertine! Ella retrocedió con aire de reto. Tenía en la mano las tenazas para atizar la lumbre. Algunas veces llegaban a pelearse como en los tiempos heroicos. Él le arrancó el arma de las manos, dejándola en su sitio, se encogió de hombros y salió tranquilamente de la estancia mientras encendía un tercer cigarrillo. Bostezó, se desperezó, se encogió de hombros y bajó a la cocina, diciéndose para sus adentros: «¡Y luego dicen que se gana dinero para ser feliz!» En la cocina encontró a las dos criadas aparentemente atareadas, removiendo la una un guisado inexistente en una cacerola que estaba sobre el fogón y limpiando la otra el polvo del interior de una alacena. Pero David había sido mozo carnicero y conocía bien las costumbres de la servidumbre. —¿Se trabaja? Bien, bien. Pero ¡diablo! Huele a coñac aquí... Se agachó y sacó de debajo de la mesa unos vasitos que olió luego. —¿Cómo nos cuidamos! —Unas sobras... —murmuró la cocinera. —Unas buenas sobras nunca hacen daño. Continúa, hijas mías. Aprovechadlo mientras dure... ¡Caramba! ¿Hay alguien en la bodega? —La lavandera, Monsieur. —¿Qué hace allí? —Está lavando... David descendió a la bodega. La escalera estaba envuelta en una gran penumbra. Durante el día no había electricidad, pues los alemanes ahorran carbón. Cerca del tragaluz, una mujer restregaba la ropa en una tina, de espaldas a David. —¿Qué diablos está usted haciendo aquí? ¿No hay otro sitio para lavar? La lavandera fijó en David una mirada sorprendida. Era una muchacha muy joven —de dieciocho a diecinueve años—, rubia, delgada, de expresión fatigada y con una bufanda negra alrededor del cuello. Tosía en la fría humedad del ambiente. La envolvía un enorme delantal de tela burda, de la que surgían dos brazos desnudos y delgados, sorprendentemente delgados y rojizos, como las patas de algún insecto. Su aspecto evocaba vagamente el de una hormiga gigante. Ella murmuró: —No hay patio, Monsieur David. Además... —Además, ¿qué? —Pues la cocinera no quiere que se ensucie la cocina. —¿Y tú bajas a la bodega? —Sí. Durante la guerra había muchas casas burguesas en las que faltaba un lugar apropiado para hacer la colada. Por eso se contrataban mujeres, haciéndolas lavar en las bodegas. —¡Bien, puedes continuar...! La muchacha reanudó la tarea. Contempló sus facciones afiladas, enjutas, su nariz fina y enrojecida, su pelo mal peinado y sus largos brazos ateridos de frío. Daba lástima. David, que había trabajado de mozo, adivinaba lo que estaba sufriendo del vientre, como tantas otras muchachas condenadas a trabajar de pie. Para una mujer es algo agotador. No era hermosa ni despertaba deseo alguno. Muy a pesar suyo, David no podía menos que pensar en ciertas cosas al ver a una mujer... Pero, verdaderamente, aquella, con su aspecto de gato mojado, le inspiraba profunda lástima. Suavizó la voz: —¿Eres tú, Annie? —Annie Mouraud, Monsieur David. Terminó de cepillar la ropa. Interrumpió su trabajo, incorporándose. Luego se enjugó la frente con una mano húmeda que dejó en sus cabellos unos copos de blanca espuma. Empuñó la manivela de la torcedora.

Empezó a dar vueltas pasando la ropa entre los rodillos con mano enrojecida, blanqueada y dolorida por aquel agua impregnada de potasa. Cada vez que daba la vuelta a la manivela, David veía ponerse tensos los escuálidos músculos de sus brazos, marcársele los huesos a través de la escasa carne que lo cubría. Bruscamente, tiró su cigarro, que se apagó chirriando entre los charcos de agua enjabonada que había en el suelo. Se quitó la chaqueta y se subió las mangas. —Dame... —¿Cómo? —Lo haremos los dos. Prepara agua fresca. Tú solo aclaras el agua y yo la pasaré por los rodillos. —¡Monsieur David! —Déjame hacer; déjame... Empuñó la manivela con sus grandes manos y, dándole la vuelta con fuerza, extrajo de la ropa un líquido sucio. —¡Esas mujeres de arriba no hacen nada! Pero no las llamó. Una especie de extraño orgullo le impedía hacerlas bajar, darles órdenes. Para no tener que despedirlas, prefería hacer por sí mismo lo que ellas no hacían. —Monsieur David... —protestó tímidamente la muchacha, casi atemorizada. —Aclara la ropa, aclara y no te preocupes. Después subirás a tomar una copa en la cocina en compañía de aquellas dos que van en camino de hacer ahorros por cuenta mía.

SEGUNDA PARTE. CAPÍTULO Tercero. Después de su tentativa para trasladarse a la Francia libre pasando por los Países Bajos y su triste viaje hasta la frontera holandesa, donde había dejado el cadáver electrocutado de su camarada, Alain Laubigier siguió ocultándose, con su madre y sus hermanitos, en casa de su tía Flavie. Una mañana fue a casa de un vecino a enjalbegar el techo de la cocina. Como no disponía de la tarjeta de identidad, no salía de casa más que tomando grandes precauciones. Generalmente, cuando se ausentaba, Félicie permanecía en casa, a fin de que en caso de peligro pudiera entrar con rapidez y esconderse. Aquel día fue llamado por los Duydt para que mediara en una disputa surgida entre el hijo y el padre. La madre estaba enferma, y los pequeños Remie y Armande pedían auxilio. Félicie corrió a intervenir. En aquel momento Alain volvió. El techo quedaba amarillento y Alain regresó para coger un poco de azul de lavar que mezclar con la lechada de cal. En el momento de alcanzar la puerta de su casa, vio a la entrada de la callejuela un «diablo verde». El hombre sostenía con una mano su bicicleta y con la otra la cadena de un prisionero que conducía. Avanzó por la callejuela. Alain golpeó frenéticamente la puerta. Nada. Se volvió para emprender la huida. Imposible. El «diablo verde» ya estaba a su lado. —Papieren. Alain hurgó en sus bolsillos. Tenía varias tarjetas de identidad viejas, pero ninguna válida. —Mein Herr, Papieren aquí —explicó Alain señalando la puerta—. Un momento... Esperaba entrar, escaparse por el patio y desaparecer. Pero el alemán no era ningún novato. —Komm! —le dijo, poniendo tranquilamente su revólver bajo las narices de Alain. Este se vio obligado a dejarse esposar y seguir al policía a través de la ciudad, tal como estaba, sucio, manchado de cal, con aspecto de granuja, apareado a un compañero que procedía de solo Dios sabía qué tugurio, que llevaba faja roja, alpargatas y el pelo en desorden. Las gentes se apartaban a su paso y les miraban con curiosidad. Tras ellos iba el perro del policía, un gran perro lobo de raza alsaciana. Alain se sentía angustiado. Tenía miedo de sus falsas tarjetas de identidad y hubiera querido librarse de ellas antes de llegar a la gendarmería. Con una hábil contorsión, introdujo la mano en el bolsillo y cogiendo el paquete de tarjetas las dejó caer. Por unos momentos quedó en suspenso. El perro se detuvo y olió el paquete. Lo tomó en su boca y reanudó la marcha gravemente detrás de su amo. El alemán, distraído, no se fijó en él. El perro dejó caer el paquete. ¡Alain hubiera abrazado de buena gana al animal! Desde la gendarmería, fue conducido a la cárcel de l'Hospice en unión de un grupo de prisioneros. Les daban escolta tres soldados. Todos iban esposados. Alain y otros más jóvenes fueron dejados con las manos libres. —No escaparos —les advirtió el alemán—. Si no... Indicó el fusil con un gesto. Le prometieron no huir. Pero, además, les hicieron desabrocharse las chaquetas y les cortaron los tirantes y las presillas de los pantalones. Siguieron la calle de Saint-Georges y pronto llegaron a la cárcel de l'Hospice. Allí, bruscamente, el vecino de Alain, un muchacho rubio muy alto, se salió de la formación y emprendió veloz carrera en dirección a la calle de l'Esperance. Fue fulminante. Uno de los soldados lanzó un juramento y se echó el fusil a la cara. Sonó una detonación, y el fugitivo, alcanzado entre los omóplatos en el momento que doblaba la esquina de la calle, rodó como una bola por la acera y permaneció inmóvil boca abajo. Todo el mundo corrió. Hubo un momento de confusión. Los alemanes recogieron el muerto. El que había disparado mostraba el cadáver y su fusil y explicaba el hecho a sus camaradas, llorando al contemplar su acción. La cárcel había sido habilitada en los antiguos almacenes de un fabricante de tejidos. Se trataba de una serie de habitaciones en las que ni siquiera habían quitado las estanterías. Cada pieza alojaba a unos cuarenta prisioneros. Alain fue llevado al segundo piso; a una sala de diez metros por cinco, con las paredes ahumadas, sucia, enormemente sucia, con el yeso cayéndose, el techo ennegrecido, el suelo lleno de esputos e inmundicias de todas clases, que iluminaban dos pequeñas ventanas medio tapadas por unos tablones. Los hombres que había allí dormían o fumaban tendidos sobre unos jergones. Otros leían, cantaban, reían o discutían. Gritos, risas, canciones obscenas, amenazas, maldiciones, un horrible olor a suciedad, un espeso polvo sofocante, una atmósfera opaca hería la vista, el oído y el olfato de todo el que entraba, quedando sobrecogidos. Alain encontró allí a su amigo Zidore Duydt. Zidore había sido detenido algunos días antes que él y estaba cumpliendo una condena de cuatro meses. La amistad de ambos no era

precisamente muy íntima, pero para la soledad moral de Alain representaba un apreciable alivio. Pues Zidore, familiarizado desde hacía algún tiempo con aquellos crápulas, dotado por una parte de una fuerza muscular apreciable y un conocimiento profundo del boxeo, gozaba de gran prestigio entre los detenidos y sus deseos eran órdenes. Allí reinaba la fuerza bruta. Entre aquella multitud se contaban algunas personas decentes, y para ellos, lo más rudo de su condena era tener que cumplirla en tal compañía. El hampa ejercía allí una dictadura indiscutible. El que no tenía la fuerza de voluntad de someterse a ella ni la fuerza para hacerle frente como Zidore, era su víctima y juguete. Brutales, groseros, de una audacia inimaginable, de una sorprendente habilidad en la lucha y en el cambio de golpes, acostumbrados a valorar poco sus vidas y las de los demás, aquellos matones se lanzaban ciegos a cualquier pelea, sin miedo de dar ni recibir golpes mortales. Entre ellos, el hombre civilizado se encontraba materialmente desarmado. Con toda naturalidad le vaciaban los bolsillos, le quitaban su tabaco, su dinero y sus útiles de aseo. Al que no podía darles nada le golpeaban, le molestaban continuamente y le atormentaban. Había muchos de aquellos pobres muchachos, aturdidos, enloquecidos de indignación y de terror que iban a pedir socorro al centinela alemán. Pero aquellos apaches no tenían miedo ni de los propios alemanes. Se hubiera dicho que estaban en su propia casa. El mismo día de su llegada, Alain vio entrar al centinela para dar fin a una pelea. Y el bandido a quien llamó la atención se volvió y le ofreció las posaderas, exclamando: «¡Para tí!», en medio de risas y gritos de aprobación. El alemán se encogió de hombros y salió. Cada dos o tres días llegaban expediciones de nuevos prisioneros. Aquellos les servía de gran distracción. Les rodeaban y en seguida reconocían quiénes serían las víctimas del grupo. Les cacheaban, les tiraban de la nariz, les obligaban a hacer extravagantes piruetas, a dormir en el suelo, y cuando estaban dormidos les encendían con precaución un papel de fumar arrugado sobre la frente, produciéndoles dolorosas quemaduras. Introducían en sus ropas ratones vivos. Y si querían rebelarse, se lanzaban sobre ellos aquellos chulos acostumbrados a luchar a puntapiés, que les golpeaban el estómago, el bajo vientre y hundían los dedos en los ojos. Todo hombre civilizado, como ya he dicho, estaba desarmado ante aquellos truhanes. Pero allí, como en todas partes, el dinero y el nombre ejercían toda su fuerza. En la sala había un tal Roblet, industrial de la región, a quien los alemanes habían juzgado conveniente imponer aquella compañía. Pero Roblet no era tan de compadecer como hubiera podido creerse. La distribución de cigarrillos o dinero y, sobre todo, el prestigio de un alto nombre en la industria, uno de aquellos nombres que ejercen aquí el mismo efecto que el de los grandes señores feudales de la Antigüedad, suavizaban a los más feroces. Había algunos irreductibles que hablaban de someterle a las mismas pruebas que los demás, pero, entonces, otros tomaban su defensa y le formaban su guardia personal. Siempre les sería de utilidad haber rendido algún servicio a un Roblet. Los granujas le ofrecían su jergón o su piojosa manta. Le cedían la estantería más cómoda para dormir y pronto recibió del exterior, por mediación de los presos que prestaban servicio mecánico, golosinas, pollos fríos, vino y pan, que cedía a los demás. Su generosidad encantaba a todos. El dinero es por doquier un gran señor. Los que no tenían la suerte de llevar un nombre rimbombante, se sometían casi todos a la tiranía de los chulos. Se veía a los desgraciados cometer bajezas, cantar, silbar, hacer el payaso y divertir con sus bufonadas a aquella turba. Todo el que poseía un don lo ponía a contribución. Había entre ellos un artista, un caricaturista de talento, Saset, a quien un dibujo irrespetuoso del comandante Roffman había conducido allí. Comprendiendo que un artista no gozaba entre la turba del mismo prestigio que el industrial, tuvo una idea para popularizar su talento. A todos les obsequió con una caricatura suya muy parecida y en las que les favorecía enormemente. Aquello le conquistó una reputación. La mayoría le concedió el honor de pedirle su retrato y después otros se divertieron, haciéndole dibujar artísticos tatuajes que le obligaban a firmar. Pronto se admiró en la sala una colección de torsos desnudos, peludos y sucios, en los que el artista bosquejaba, a gusto del cliente, mosqueteros, aviones, mujeres desnudas o símbolos de esperanza. Luego, un granuja corpulento de piel tan tatuada que no le quedaba ni un espacio libre, fijaba definitivamente aquellos dibujos con la ayuda de un haz de tres agujas atadas que iba mojando en tinta china. Lo hacía lentamente, pinchazo tras pinchazo. La sangre corría por los torsos desnudos. Y los pacientes, inmóviles, rodeados de un círculo de curiosos, ponían todo su pundonor en no estremecerse siquiera. Una vez terminada la operación, el operador embadurnaba toda la piel con tinta. La inflamación y la supuración duraban ocho días. Los dibujos acostumbraban a ser originales. Uno llevaba unas monstruosas esposas tatuadas en los puños, otro una guindilla sobre las nalgas en señal de desprecio, otro un enorme rostro sobre el vientre que hacía reír, llorar o hacer muecas, contorsionándose pícaramente entre las risotadas de un público apasionado. Los alemanes acudían a presenciar tales escenas burlescas con un fusil debajo del brazo, mirando sonrientes a través de las mirillas de la puerta. Saset llegó a ser muy cotizado. Le pagaban con galletas y cigarrillos sus dibujos sobre la piel. Por lo menos, allí dentro el arte alcanzaba para alimentarse. Otro de los reclusos era el doctor Dietrick, un viejo grueso, de estatura elevada y rostro sensual y cínico de fauno. Era muy conocido entre toda el hampa. Había sido citado con frecuencia ante los tribunales como descarado provocador de abortos, firmante de certificados falsos de

accidentes de trabajo y culpable de desórdenes públicos ante los tribunales. En la cárcel gozaba de una especie de celebridad, que aprovechaba para organizar democráticamente juegos de pelota, partidos de «salto de carnero», y otras diversiones de una brutalidad increíble. La alimentación —infecta— producía la disentería. Se bajaba a los retretes por una escalera llena de excrementos humanos. No había puertas ni papel. Se hacían las necesidades a la vista de todos, de pie sobre el asiento, sin demasiados miramientos. La pared estaba manchada de chafarrinones de color castaño. Durante muchos días permaneció en el suelo el cadáver del muchacho alemán que el alemán había matado y todos excrementaron junto al muerto. Pero el tipo más extraño de la cárcel era Chabot. Aquel nombre debía ser, sin duda, un apodo. Chabot era viejo, tenía siete hijos, y por eso, según explicaba, se las componía para estar siempre en la cárcel. Al menos, mientras estaba allí, los suyos aprovechaban su ración y comían algo más. Aquel desgraciado no era ningún amargado y había terminado por ganar la confianza de los alemanes, que lo empleaban en barrer. Socorría a las miserias, intentaba unir a los presos, recogía la comida que desperdiciaban los soldados alemanes para llevársela a los hambrientos. Al anochecer iba a dar su vuelta de siempre. A la primera ojeada sabía reconocer a los más exhaustos. Se acercaba y les preguntaba: —¿Tienes hambre? Ellos le miraban desesperadamente. —¡Toma! ¡Come! En una celda halló a un soldado francés prisionero, devorado por los piojos. Le llevó de comer, ropa vieja pero limpia, y un traje... Alain le observaba lleno de admiración. Chabot era el primer hombre feliz que encontraba en el mundo. Era ingenuo, un simple. No leía nunca. No era inteligente. No tenía ninguna elevación en su espíritu. Pero su corazón era inmenso. Y a su vista Alain comenzó a preguntarse si los hombres no debían juzgarse por aquel ejemplo. A finales de mayo de 1916, Jacqueline Laubigier, la hermanita de Alain, pasó el examen de catecismo y fue elegida para hacer la primera comunión. Estaba enferma. Pero, a pesar de ello, fue arrastrándose hasta la cárcel de la rue de L'Hospice, vio a su hermano mayor a través de la ventana y pudo comunicarle la buena noticia. Luego regresó, teniendo que apoyarse de vez en cuando en las paredes de las casas. Desde hacía algunos meses languidecía, falta de alimentación y de aire puro. Fue una comunión rara, a la vez cómica y triste. Tal día es siempre importante para un niño, y Félicie, a pesar de la tristeza de aquella hora, hizo todo lo posible para dar a la fiesta un poco de solemnidad. Cosió ella misma el vestido blanco y el largo velo que le había dado Madame Hennedyck, adquirió unos zapatos de tela y los limpió con blanco hasta que parecieron de gamuza. Como no tenían cirios, Félicie hizo uno con un mango de escoba aguzado que recubrió de pintura blanca. Todos los comulgantes tenían cirios semejantes. Un clavo en la parte superior imitaba la mecha. La comida fue una de aquellas raras minutas que se conseguían preparar aún: una sopa de legumbres en conserva, un plato de lentejas y de tocino americano, un conejo con pasas y manteca de cerdo y lechuga. Para aliñarla, tuvo que remplazar el aceite por mantequilla derretida y el vinagre por un poco de vino agriado que su cuñada Flavie encontró por milagro. La comida comenzó tristemente. Félicie pensaba en Alain y Flavie en su hija mayor que estaba en la guerra. Cuando servían el conejo, llegó Alain acompañado de un soldado alemán. Fue aquella una gran sorpresa. Explicó que le habían autorizado a acudir, acompañado de un centinela y previa promesa de portarse bien. A partir de aquel instante, la fiesta se alegró. El conejo fue despachado en un abrir y cerrar de ojos y le siguió una tarta de centeno. Hicieron un sitio en la mesa a aquel alemán que no tenía aspecto de ser un bribón, y que se comió todo lo que había quedado del conejo y, luego, un enorme pedazo de tarta. Félicie había incluso fabricado cerveza, dejando fermentar un poco de lúpulo. ¡Qué fiesta! El soldado, hallándose a sus anchas, se empeñó en aportar también su parte, cantando una canción en alemán, y los demás le aplaudieron cortésmente, a pesar de no haber entendido nada. Después de la comida fue preciso volver a la iglesia para las vísperas. Fueron todos juntos. La comulgante, con el pequeño Camile, delante. Detrás, Félicie y Flavie con los niños, y, finalmente, Alain con su guardia de corps y su primo François. El soldado llevaba bajo el brazo una barra de jabón que le había dado Félicie y parecía más alegre que unas pascuas. El jabón se vendía a precio de oro entre los alemanes. Delante del cabaret «Bac a Puces», en L'epeule, el soldado se detuvo. Las vísperas no le decían gran cosa a aquel hombre. Y, en cambio, la música del cabaret, el bullicio del baile y las voces de las mujeres le atraían como un canto de sirena. —Tú volver a la hora —dijo a Alain—, o esperar aquí. Y entró en el «Bac a Puces» con su barra de jabón, mientras los demás se iban a las vísperas. La iglesia estaba llena. Entre la multitud había muchos alemanes que contemplaban a los comulgantes. Aquella debía ser la época de las comuniones en Alemania. Jamás habían visto tantos soldados en la iglesia. Al entrar Jacqueline, immaculada con su cándido tocado, un alemán se arrodilló a su lado, cogió con ambas manos el borde de su largo vestido y lo besó llorando.

SEGUNDA PARTE. CAPÍTULO Cuarto. 1. Eran casi las cinco de la tarde cuando Isidore Duydt se encaminaba presuroso hacia el cabaret «Bac a Puces». Corría el verano de 1916. Hacía algunas semanas que Zidore se había evadido de la cárcel de la rue de l'Hospice, donde no había estado más que unos quince días en compañía de Alain Laubigier. Caminaba arrastrando sus alpargatas hechas jirones, con la gorra inclinada sobre la frente, la mano derecha apoyada en el cinturón y el estómago vacío. Por fanfarronería, y a pesar de que la hora no era de las

más propicias, afectaba un andar marcado, escupía de lado y contemplaba con insolencia a las muchachas. Y algunas de ellas volvían la cabeza para mirar a su vez a aquel rostro pálido y redondo iluminado por un par de ojos muy azules y sembrado de las agujas de una barba rubia y mal afeitada. No cabía ninguna duda de que el muchacho había comenzado valerosamente. Sin querer imitar a su hermano, que vendía el oro al enemigo, había rehusado también inscribirse en las listas alemanas. Se había echado al campo, robando víveres, dedicándose al pillaje y saqueando los camiones alemanes. Luego, el trato frecuente de pillos y granujas le había contagiado. En el fondo era un poco víctima de su propio heroísmo. Había muchos como él. No probaba bocado desde hacía dos días. La víspera había estado jugando a las cartas en la taberna del «Piojo Volador». Debía al Calabaza cincuenta francos. Había vuelto a su casa borracho, y enfermo y durmió de un tirón hasta las tres de la tarde. Luego, se levantó y buscó en vano algo que comer entre el baratillo de objetos de la tienda de su padre. El viejo Duydt compraba y vendía de todo. En su casa podía hallarse una botella de aceite —cosa rarísima— al lado de un cartapacio escolar, unos libros junto a unos candiles, un litro de «pernod», una pierna articulada para enfermo, tisanas, patatas, hornillos de gas y papel para cartas, unido todo ello a un inimaginable revoltillo de paños, de muebles viejos, de trapos, de libros usados y de cacerolas agujereadas: todo lo que no se fabricaba ya, todo lo que faltaba, todos los restos de una anteguerra pródiga, estaban en poder del viejo Duydt. Como los mayores se habían rebelado contra la tiranía paterna, aquel enviaba a sus hijos menores a pasar mercaderías a través de la frontera y robar incluso. Etienne y Léonie se habían marchado desde hacía algún tiempo, y Zidore, hambriento, trabajaba por su cuenta, después de haber comprendido, él también, la inimaginable codicia de su padre. Aquel día se cruzaron entre Zidore y el viejo Duydt algunas palabras ofensivas. El padre sabía bien que Zidore, cuando remoloneaba de aquella manera por la tienda, no hacía en realidad más que buscar su pan para cortarse una rebanada. Pues en la familia acostumbraban robarse los unos a los otros. No le quitó el ojo de encima, y Zidore, viendo la imposibilidad de llevar a cabo sus intenciones, tuvo que marcharse. Tenía un hambre horrorosa y, además, necesitaba cien francos: Georgina, su amante, necesitaba dinero. La había conocido en un salón de boxeo. Zidore era de estatura baja, pero muy fornido. Poseía una fuerza muscular considerable y como frecuentaba los tugurios y lugares donde la fuerza era reina, fue bien pronto temido y buscado. Aficionados, antiguos deportistas venidos a menos, todo aquel mundo sospechoso que gravitaba alrededor de los salones de lucha, le aconsejaron boxear. Le enseñaron los rudimentos y lo presentaron en el «ring». El jovencuelo, bajo y obstinado, acostumbrado al trabajo de la mina, tenía una resistencia sorprendente. Se hizo un cartel, ganó dinero, le admiraron las mujeres y conquistó una fácil popularidad que realzaba aún más su condición de insumiso. A los dieciocho años no tenía mal tipo, cabeza redonda de granuja, ojos azules y cándidos, así como una especie de corta barba que rara vez se afeitaba. Cantaba con gracia y tocaba un poco el acordeón en compañía de su amigo Olivier. Las mujeres eran fáciles para él. Y así había llegado el momento en que llegó a aceptar de las mujeres un poco de dinero, dejarse pagar los viajes o los alojamientos. Se fue deslizándose suavemente por la pendiente. Después conoció a Georgina. Una mujer de treinta y cinco años, a la que se unió ferozmente. Y por ella, más que nada, se lanzó aquel día a la calle. Le había prometido cien francos. Los buscó con ahínco. Su hermano Etienne, el jorobado, que se dedicaba al cambio de oro, se los negó. Era personaje muy influyente. Vivía en la rue de L'epeule, en una gran vivienda que había habilitado como oficina. En la placa de cobre de la entrada se leía «Cambio Internacional». Y debajo un letrero manuscrito con el sello imperial: «Esta casa está bajo la intervención de la autoridad alemana». Semejante talismán la hacía prácticamente inviolable, y se decía que Etienne había llegado a expulsar hasta al propio comisario central de Roubaix, que pretendía hacerle un registro. Bajo la égida de las autoridades alemanas, Etienne se dedicaba a un tráfico absoluto. Compraba oro, acaparaba valores franceses y los entregaba a los alemanes para sus compras exorbitantes. Etienne, el jorobado, había dejado de existir para convertirse en Monsieur Etienne. Era pequeño, contrahecho, con la piel escamosa, tenía hocico de ratón y ojos brillantes y penetrantes, y siempre iba bien vestido, disimulando su joroba bajo un amplio abrigo de corte «raglán». Era hábil, misterioso y estaba dispuesto a servir constantemente a sus clientes. Toda la familia Duydt contemplaba con estupor y orgullo a aquel jorobado que con tanta rapidez había logrado escalar las cimas de la riqueza, llegando a convertirse en una persona influyente. Zidore no había sabido pedirle dinero. En vez de hablarle de Alicia, la mujer de Etienne, que había huido, y por cuyo nombre el jorobado quedaba en suspenso, le había pedido inocentemente los cien francos de buenas a primeras... Etienne, avaro, se había negado fríamente. Pero Zidore los había conseguido en casa de su hermana Léonie. La casa estaba situada en la calle de Dammartin y era señorial. Resultaba grotesco ver a la muchacha en tal ambiente. Antes de la guerra, unos grandes comerciantes de lanas habitaban el inmueble, pero luego huyeron a París. El amante de Léonie, un capitán agregado a la oficina de la Kommandantur, le cedió generosamente su usufructo, y ella, la hija de unos mineros, que apenas sabía escribir, grosera y basta, vivía en un marco suntuoso. Pero no era ella la única que hacía tal cosa. Desde la guerra, muchas mujeres de vida ligera se hacían la ilusión de que sus sueños eternos de vivir

en un lujoso ambiente se habían hecho realidad. Una criada le abrió la puerta. Zidore pisó con sus alpargatas las alfombras persas de un magnífico salón. Léonie apareció en seguida. Era alta, delgada, nada agraciada, de facciones afiladas como las de Etienne y los ojos ardientes y febriles, que la transfiguraban. Devoraba la vida, malgastaba apasionada y vertiginosamente, pero sin dejar por ello de mostrar su carácter bondadoso. Acogió a su hermano con los brazos abiertos. Había bregado mucho, como todas las hijas mayores de las familias humildes, y profesaba a Zidore un afecto maternal. Le enseñó sus muebles, le invitó a beber jerez y pidió prestados para él cien francos a su criada. El aspecto de Léonie era deplorable y se echaba de ver que no le duraría mucho aquella vida. La tuberculosis la devoraba. Zidore regresó a L'epeule y al «Bac a Puces». No había dormido aún. Pero su alegría le hacía olvidar hasta el hambre. Andaba con rapidez. Pensaba en Georgina y los cien francos que le llevaba. Debía cincuenta francos al Calabaza, pero ya esperaría. El estómago de Zidore se despertó delante de una pastelería. Pero él continuó su camino. ¿Cambiar el billete? ¡Nada de eso! Georgina se pondría muy contenta cuando le viera llegar. La había conocido bailando, después de un combate de boxeo, en el cabaret «Bac a Puces», el mayor de L'epeule. Tenía veinte años más que él y se prendó de él y se prendó de su juventud, de su fuerza y de aquella especie de candor que le hacía aún más encantador, a pesar de sus asomos de vanidad, de pedantería y de orgullo que le habían dado su triunfo como boxeador y luchador. Encontró divertido despabilar a aquel andrajoso joven. Y él, a su vez poseído, frenético, loco de pasión por aquella mujer perversa, se enamoró perdidamente de ella. Le propuso mantenerla, le alquiló una habitación, dispuso de ella durante tres semanas seguidas. Luego faltó el dinero, y Georgina se fue, volviendo a su vida prostituida, como antes. A los quince días volvieron a juntarse. Y la historia se repitió dos, tres, diez veces. Él, borracho de celos, de dolor, obligado a aceptar las burlas de los demás, sufriendo en secreto un martirio por aquella mujer ya vieja, ajada de tanto ajeteo, vacua, irremediabilmente corrompida, la engañó a su vez, pero sin hallar en ello ningún placer. Ella se burlaba violentamente de él haciéndole ver que le importaban poco los hombres y decididamente era demasiado para Zidore. Después de cada separación, él volvía a su lado sumiso, más locamente prendado. Gastaba todo el dinero en ella y, cuando no lo tenía, intentaba conservarla a su lado por la fuerza. Por su amor hubiera llegado incluso a matar. Consciente de aquella visión, ella abusaba ferozmente de su dominio sobre él. —Haz que trabaje para ti— le aconsejaba el Calabaza. Pero Zidore no sabía hacerlo. ¡Cien francos! ¡Una semana! Una semana de vida en común con Georgina. Apresuró el paso y, luego, echó a correr hacia el «Bac a Puces». Estaba muerto de hambre y el estómago le cosquilleaba. Para aplacarlo chupó la colilla de un cigarrillo. ¡Cien francos! ¡Un billete entero! Desde que conocía a Georgina se había acostumbrado a los sufrimientos y al hambre. Había tomado el hábito de sufrir privaciones por ella, de aceptar sin protestar el ayuno de tres días para que no le faltara su dinero, para que siguiera siendo suya durante una semana. Aquella Georgina se había convertido para él casi en un espantoso ideal. Por ella aceptaba sufrimientos, traicionaba, engañaba a los amigos, cometía tropelías, robaba. Ella había llegado a ser para él la única moral. Lo que favorecía a Georgina era el bien; lo que la perjudicaba, el mal. Y su envejecimiento era tan grande que aquel ideal le proporcionaba una especie de vaga alegría de orgullo. Anhelar algo, aunque fuera una mujer como Georgina, era excitante. Sí; un ideal. Locura de una juventud que, falta de una aspiración ennoblecedora, se crea una a cualquier precio, por monstruosa que sea. El «Bac a Puces» en lo alto de la rue de L'epeule lanzaba a la calle el estrépito de sus bailes y las notas de un acordeón, Zidore empujó la puerta. El cabaret era grande, feo, con mesas de madera blanca, y en el fondo había un mostrador de roble dominado por un Gambinus a horcajadas sobre un tonel. Encaramado sobre una mesa, Olivier, romántico, con un mechón de pelo caído sobre la frente y una colilla pegada al labio inferior, tocaba un acordeón. Mujeres, bribones y alemanes bailaban haciendo oscilar el entarimado al ritmo de la música. En el mostrador, Mélie Nauserais, la patrona del «Bac a Puces», llenaba jarros y más jarros de cerveza que Otto, su amigo alemán, un tipo que estaba allí desde el principio de la guerra, servía a los clientes vestido con un pantalón de dril azul y un jersey de lana negra. Parecía un apache más. Se decía que había desertado y que se escondía de la policía alemana. Fuera lo que fuese, nunca partía para el frente y no utilizaba su uniforme más que para ir a los almacenes para retirar sin cesar víveres y carbón que llevaba a casa de Mélie. Poseía una impresionante experiencia en el arte de manipular llaves falsas. Con el aire indiferente y haciendo como que no veía a Georgina, que estaba bailando con un bávaro, Zidore atravesó los grupos de bailarines. El Calabaza, un hombrecillo de cara hinchada y redonda, bajo un viejo sombrero hongo de color verdoso y un cierto aspecto de cucurbitácea al que debía su apodo, jugaba a las cartas con un soldado. Mourlebaix y el Rojo lo contemplaban. En la actitud tensa y nerviosa, en la mirada inquieta y febril del Calabaza, Zidore comprendió que estaba haciendo trampas. El alemán parecía furioso y se excitaba, viendo que perdía sin cesar. Había dejado sobre el banco una cesta de carne fresca que Mourlebaix, otro asiduo del cabaret, le estaba robando hábilmente. Mourlebaix y el Rojo acogieron ruidosamente a Zidore. Le halagaron. Se sabía que era generoso y en casa de Mélie le fiaban. Pidió unos jarros de cerveza a Otto. Luego, contemplaron cómo el Calabaza terminaba de

desplumar a su alemán. Georgina llegó en aquel momento, ya terminado el baile, llamó a Zidore «mi hombrecito», se sentó sobre sus rodillas y le echó los brazos al cuello. Por debajo de la mesa y con disimulo, él le deslizó el billete. Se sintió enrojecer de orgullo y satisfacción. Pero sorprendió la mirada del Rojo que lo contemplaba fijamente con sonrisa burlona. Tuvo vergüenza y rápidamente volvió a poner la mano sobre la mesa. El Calabaza acabó la partida de cartas y se echó al bolsillo el producto de sus trampas, mientras el alemán, su víctima, iba a consolarse al mostrador. El Calabaza estaba sudando. A aquel rufián de la escuela le repugnaba cualquier esfuerzo, y no hay nada que fátigue tanto como hacer trampas. En aquel momento, el salón se llenó de gritos. El alemán había ido a buscar su cesto de carne. ¡Robada! ¡Le habían robado la carne para los oficiales! El pobre diablo estaba aturdido. ¡Lloraba y gritaba, sin percatarse de la súbita desaparición de Mourlebaix! Se abalanzó al cuello de Otto, que quería echarle del local. El Rojo se levantó y corrió en su ayuda. El alemán sacó el revólver. Agudos gritos, lloros de mujer, un tumulto repentino llenó el «Bac a Puces». Mélie se lamentaba tras el mostrador: —¡Mi cabaret! ¡Mi cabaret! Zidore se levantó. Avanzó hacia el alemán y apartó a Otto y al Rojo, que, pálidos, habían retrocedido ante el arma. En aquellos momentos de peligro sentía despertarse en su interior una extraña excitación, casi el deseo de mostrar a los demás cómo se moría. Gritó: —¡Lárgate! —Sacrament! —gritó el alemán, embistiéndole como un buey. Alcanzó a Zidore con un golpe en plena boca. Fue el único que recibió. Retrocedió. Esquivó, agachándose, el swing terrible del alemán y le lanzó a su vez un uppercut al mentón seguido de un cabezazo a la boca del estómago y un seco golpe al hígado. El alemán gimió, retrocedió, se dobló y, vacilando, fue a apoyarse en la pared. Otto y las mujeres lo cogieron por los hombros y lo arrastraron hacia el patio para hacerle volver en sí. Con la boca sangrando, Zidore fue a la cocina, donde Mélie le dio un vaso de agua. Tenía un diente roto y la encía partida. Se enjuagó la boca con alcohol. Al volver al salón, vio desde lejos que el Rojo y Georgina se besaban furtivamente en un rincón, sin dejar de bailar. Experimentó un golpe más brutal que los puñetazos. —¡Golfo! Avanzó hacia el Rojo, cogió un jarro de cerveza y le lanzó al rostro el contenido. El otro, descompuesto y lívido bajo su pelambrea rojiza, repulsivo con sus ojos grises legañosos y descompuestos por el miedo, lo contempló fijamente. No se atrevió a llevarse la mano al bolsillo. Zidore fue calmándose lentamente. Comprendió que ya no se pelearía. Sintióse ya más seguro, se encogió de hombros y se alejó. Zidore se volvió hacia Georgina, que sollozaba ruidosamente. Trató de contenerse para no golpearla como a un animal. —¡Levántate! Ella se levantó. —¡Vámonos! Ella echó a andar y él la siguió. La puerta se cerró tras ellos con un golpe. Entrada ya la noche, Zidore y Georgina se encaminaron hacia el cabaret del «Piojo Volador», donde Georgina tenía alquilada su habitación; era el competidor directo del cabaret de Mélie. Georgina iba delante seguida de Zidore. No paraba en sus lloriqueos. Franquearon la entrada particular, fétida y grasienta, siendo insoportable el olor del urinario. La habitación de Georgina, más bien una buhardilla, amueblada con una cama de hierro, una pequeña estufa, un anuario, apestaba a perfumes vulgares, a sudor, a moho mezclado con los olores de comida y suciedad. Allí reinaba el desorden y el falso lujo de las prostitutas. Georgina, llena de terror, pues se había visto ya golpeada, se desnudó humildemente. Zidore, algo borracho y con el estómago vacío, sentía la cabeza pesada y confusa. Maquinalmente se quitó las alpargatas y desenrolló el pañuelo de seda que le servía de cinturón. Al ver que él también se desnudaba, ella se creyó perdonada y se acercó acariciándole todo el cuerpo, insidiosamente pegada al suyo. —Mi pequeño Zidore... Él se sintió enternecido y las lágrimas asomaron a sus ojos. Murmuró como un niño: —¿Por qué has hecho esto, Georgina? ¿Por qué lo has hecho? —Bromeábamos. Era cosa de risa... Es costumbre después de bailar... —No tenías que haberlo hecho... —No lo hice con mala intención. Fui tonta haciendo semejante cosa. Te juro que lo hice sin reflexionar, te lo juro. No lo volveré a hacer. Además, ese sucio pelirrojo me disgusta. Se apretó más contra él, susurrando: —Tú sabes bien, hombrecito mío, que no quería... Vamos, ya ha pasado todo, hijo mío... Lo atrajo hacia sí, perversa y maternal al mismo tiempo, con la mezcla de ternura protectora y de sensualidad que enloquecía a aquel arrapiezo. Lo empujó hacia la cama, teniéndole estrechamente abrazado. Luego, ella se durmió, perdonada, reconfortada y victoriosa. Ocupaba toda la cama y Zidore no pudo conciliar el sueño. Le dolía el diente roto. Habían encendido una vela y contempló cómo las sombras bailaban en la pared. Miró a su lado aquella criatura dormida, aquella carne en reposo, y sintió repugnancia. Recordó súbitamente aquel cuerpo, aquella piel, aquel rostro ajado, aquellos ojos fatigados por la vida libertina, aquella boca de risa infame, de besos despreciables, de palabras vergonzosas. Por aquella carne prostituida había robado, había pegado, mentido, sufrido... Tuvo una vaga conciencia de las energías que había malgastado, de la ceguera irremediable que le había impulsado a gastar un tesoro de energía, de valor y de juventud en aquella criatura. Entrevió todo lo que hubiera podido hacer de bueno y de útil y que por ella nunca podría realizar. Se deslizó fuera de la cama, se puso los calcetines y los pantalones. La boca le sangraba. Escupió sangre. Se alejó de la cama sin hacer ruido. El olor animal de aquella mujer dormida le daba náuseas. Fue a terminar la noche en una silla junto a la ventana entreabierta, respirando el aire puro de la noche. SEGUNDA PARTE. CAPÍTULO CUARTO. 2. —¡No quiero! —repite

Zidore. Estaban en un rincón del cabaret «Bac a Puces», en compañía del Calabaza y del Rojo. Hablaban, apoyándose los unos en los otros, encima de la polvorienta mesa, casi al oído, a causa del ruido de los que bailaban y de la música del acordeón, que tocaba junto al mostrador el corpulento Olivier. Zidore denegaba febrilmente con la cabeza. El Calabaza, siempre con su hongo encasquetado, no decía palabra. El Rojo, con los ojos legañosos, la piel pálida, sostenía una colilla entre los labios con aire desdeñoso. —¿Por qué te rajas? —preguntó. —Os conozco —respondió Zidore—. Os conozco y, además, es mi hermano. ¡Qué diablo! No puedo hacer eso. —Eres un sentimental —dijo el Rojo. —¡No digas tonterías! El Calabaza levantó su mano grasienta y blanda, adornada en el meñique por una enorme sortija. —¡Te juramos que no haremos pupa a tu chavoro! Eso no. ¡Nada! Solo queremos limpiarle, nada más que limpiarle... —No quiero... Hubo unos momentos de silencio. Los tres se callaron, irguiéndose, como si la discusión les hubiera fatigado. El Rojo vació su jarro de cerveza. El Calabaza se sacó su librillo de papel de fumar y cogió uno con las uñas. Zidore miró a los que bailaban, sin verlos. Sentía las mejillas enrojecidas de tanto discutir. Con una última vuelta y un postrer revoloteo de faldas se acabó el vals. Olivier arrancó el último gemido a su acordeón, se quitó la correa del cuello con un suspiro de alivio, se echó al colete un jarro de cerveza y se levantó, adelantándose hacia el Calabaza y Zidore. Tendió a Zidore una manaza enorme. —¿Cómo va? ¿No has venido con Georgina? —No —repuso Zidore secamente. El corpulento Olivier no podía haber dicho cosa peor. Desde hacía diez días Zidore no había visto a su amante. Los negocios iban mal, pues no se había podido burlar la vigilancia de la frontera. Zidore estaba sin blanca, y Georgina, al olerlo, había puesto pies en polvorosa, largándose una vez más con uno u otro de sus clientes de paso. Delante de los otros, Zidore intentaba tomárselo a broma, pero en el fondo sufría. —Es muy alegre esa Georgina —dijo Olivier, que no se distinguía precisamente por su penetración. —¡Estoy hasta los pelos de esa Georgina! —gritó Zidore. Con frecuencia se lo tomaba a chacota, pero en aquella ocasión estaba verdaderamente nervioso. —Bueno, bueno. No te enfades por tan poca cosa —dijo Olivier conciliador. Y se sentó al lado de Zidore, sin mostrarse resentido. El Calabaza y el Rojo seguían discutiendo el proyecto de aligerar a Etienne, el jorobado. Zidore les oía sin escucharles. Se comía las uñas mientras pensaba en Georgina. La había buscado por doquier, en todos los bares, en todos los garitos, en todos los prostíbulos y en todos los tugurios que acostumbraban frecuentar los soldados. Pero todo había sido inútil. Seguía sin hallarla. Sin duda, habría encontrado a un imbécil que la mantendría unas cuantas semanas o, lo que es peor, algún vivo que la explotaría. Zidore se roía las uñas hasta hacerse sangre. ¡Y pensar que solo le hubiera hecho falta un poco de dinero, un billete, una insignificancia, para que ella volviese a su lado por sí misma, mágicamente! Porque Georgina poseía una especie de sentido adivinador y el dinero la atraía de manera casi maravillosa. —Nada de billetes —decía el Calabaza—. ¡Oro, oro! Vale el doble. ¿Vamos a desaprovechar una ocasión tan buena? Zidore volvió a tomar parte en la discusión. Habló como después de haber meditado largamente: —¡Al fin y al cabo, cambistas de oro no faltan! Podríamos dar el golpe a otro... —Los demás son muy desconfiados. —Etienne también. Va armado. Tiene dos revólveres. Los he visto. —Sí, pero de ti no desconfiará. Podrás llevarle adonde quieras. —Además —dijo el Calabaza—, no nos serviría de nada dar el golpe a un pájaro que no llevara un céntimo consigo. Todo el mundo sabe que Etienne lleva su oro oculto en el cinto. Se jacta de ello. El golpe no puede fallar. Vamos sobre seguro. —No apruebo tu actitud —dijo el Rojo—. ¿Eres capaz de guardarle un poco de consideración a un tipo cargado de pasta, que se burla abiertamente de ti, incapaz de invitarte siquiera a un vaso de tinto y que te deja abandonado a tu propia suerte? ¡Vamos, hombre! —¿Tú harías eso a un hermano? ¿Te atreverías a jugarle una mala pasada? ¿Y no se os ha ocurrido pensar que puede defenderse? Entonces, ¿qué haremos? Yo sé lo que me digo... ¡No, no! ¡Que sea otro la víctima! —Te aseguro que no le tocaremos un solo pelo —le dijo el Calabaza—. Tú lo conduces a alguna parte, a algún rincón tranquilo donde podamos sujetarlo. Le vaciamos el cinto y nos esfumamos... Te juro, Zidore, que no le haremos nada. —¿Y si se resiste? No creas que dejará que le roben tranquilamente. —¿Qué quieres que haga contra cuatro? —¿Cuatro? —Tú, yo, el Rojo y Olivier. —Seremos cinco —dijo Otto, el alemán de Mélie, que había acudido a escuchar. Al oír su nombre, Olivier se sorprendió. —¿Yo? ¿Qué tengo que hacer? ¿De qué se trata? —Cállate la boca, estúpido —dijo el Calabaza—. Ya lo verás cuando sea hora. —Bueno, bueno —respondió Olivier dócilmente. Lio su cigarrillo, lo pegó de un lametazo y no pareció demostrar la menor preocupación. Aquel gigante podía manejarse como un niño. —¡No quiero! —repitió Zidore, obstinado—. Robar a otro no me importa, pero no a Etienne. —Está bien. Ninguno de ellos siguió hablando del asunto. El alemán se alejó para ayudar a Mélie a servir las mesas. El Rojo cogió los dados y dos cubiletos. Se empeñó en una partida con el corpulento Olivier y los dados rodaron sobre la sonora madera del mostrador. —Seis y cuatro, diez, y tres, trece... —¡Qué suerte tienes, pijo! Y la voz gangosa del Calabaza, dijo: —¡Treinta mil del ala! Parece que a veces lleva una carga de treinta mil en su cinto. —Sin contar la cartera, en la que guarda también algunos papiros... —La prueba es que la lleva cogida con una cadena, como el cobrador de un Banco. De nuevo el seco y ruidoso rodar de los dados en el cubilete. Zidore

tuvo un brusco movimiento de cólera. Se levantó, tratando de alejar la obsesión de desechar con una palabra brutal aquella preocupación, aquella lenta invasión de su conciencia. —¡Al fin y al cabo, todos vosotros me importáis un pito! ¡No y no! ¡No os acompañaré! Vació de un sorbo su jarro, lo dejó luego con fuerza sobre la mesa y se fue. —¿Está muy lejos? —A cinco minutos —respondió Zidore. Etienne y Zidore marchaban uno junto al otro bajo el paraguas del jorobado. Llovía. Caía la noche y nadie transitaba por las calles. Soplaba un viento lúgubre, que arrastraba las ráfagas de agua; pero Etienne, con el abrigo al brazo, no parecía sentir la lluvia y apresuraba el paso cada vez más. Remontaron el Boulevard de Cambrai, pasaron detrás del hospicio y luego a lo largo de una pared de ladrillo hacia la Place du Travail. —¿Dónde, es? —volvió a preguntar Etienne. —Al principio de la rue Ma Campagne. —¡Vayamos de prisa! Zidore había estado aquella mañana en casa de Etienne, el jorobado. Tras una breve introducción, le dijo: —He encontrado a tu mujer. Alicia quiere volver a verte. Si me acompañas, te llevaré al anochecer a casa de unos amigos. Alicia tiene miedo y no ha querido dar su dirección. Y a partir de aquel momento, Etienne había pasado la mañana y la tarde en una espera febril. Después del abandono y huida de su mujer, aquel neurasténico había concentrado en ella una pasión devoradora. Llegaron a la rue Ma Campagne. Siguió la acera de una inmensa fábrica, vacía y muerta. Delante había unas cuantas casas silenciosas y dormidas y luego, campos. Al final de la fábrica, una gran taberna desierta, como abandonada, con todas las ventanas cerradas. Más lejos, un terreno cubierto de basuras y de hierros viejos. Por encima, un cielo gris, sombrío, tormentoso y crepuscular y los fríos brillos de la lluvia. Llegaron a la puerta de la taberna. Etienne, presuroso y febril, no se dio cuenta de los sucios maderajes ni del moho que recubría la empuñadura de la puerta. Además, en aquellos días, todo Roubaix presentaba aquella apariencia desoladora. Zidore y él se aproximaron a la entrada. El primero vaciló unos instantes. —¿Es aquí? —preguntó Etienne. —Aquí es. Etienne llamó. Desde el interior le respondieron unos rumores. Se escucharon unos pasos. La puerta se abrió y apareció en el umbral un hombre muy corpulento. —¿Está aquí mi mujer? —Entre, compañero —dijo Olivier. Dejó pasar a Etienne y a Zidore y cerró la puerta. El corredor, húmedo y frío, estaba sumido en la penumbra. Etienne avanzó decidido hacia el ligero resplandor rojizo que se vislumbraba al final, detrás de una puerta vidriera. Atravesó la puerta y entró en la cocina. Se detuvo en el umbral, sorprendido, sin hacer un solo movimiento. Aquella habitación estaba vacía y su papel pendía a jirones, húmedo y podrido. Una mesa polvorienta en un rincón y un montón de hollín bajo la chimenea destacaban a la vacilante luz de una vela que se derretía lentamente en un rincón. Etienne debió de comprender en aquel instante de qué se trataba. Tuvo un instintivo movimiento de retroceso. Pero tres hombres salieron de la sombra y le rodearon. No dijo una palabra. Había palidecido intensamente. Contempló a Zidore con una expresión de furor y de dolor. Otto, detrás de él, le arrastró hasta el centro de la habitación. Y allí permaneció, inmóvil, raquítico y contrahecho, con los ojos muy abiertos, impenetrable e impenetrable al mismo tiempo. Tras él, sentado en la mesa, el Calabaza balanceaba una pierna en el aire. Zidore y Olivier seguían en el rincón de la puerta, sin moverse. El Rojo se adelantó lentamente hacia Etienne. El jorobado se llevó instintivamente la mano al bolsillo. Pero en el mismo instante y antes de que pudiera sacar el revólver, el pañuelo de seda que el Calabaza llevaba al cuello le cayó sobre el rostro, apretándole la boca y la garganta. Derribado hacia atrás, levantado, combado con la rodilla del Calabaza en los riñones, el jorobado lanzó una especie de rugido ahogado. Sus pies se agitaron en el aire, lanzando golpes terribles. Alcanzó al Rojo en pleno pecho. —¡Nada de bromas, Zidore! —murmuró Olivier, aprisionando con sus brazos enormes el torso de Zidore, que se agitaba desatinado y loco. El resto ocurrió rápidamente. Otto se precipitó sobre los pies de Etienne, cogiendo con fuerza sus dos piernas. El Rojo apoyó un cuchillo de cocina afilado contra el deformado pecho del jorobado y sin una vacilación se apoyó sobre él lentamente, con todas sus fuerzas. —¡Eso no! —sollozó Zidore—. ¡Eso no! Pero Olivier seguía sujetándole. Vio cómo el tejido de la chaqueta de Etienne se desgarraba bajo la hoja, se tensaba y cedía. El arma entró de un solo golpe. Zidore logró desasirse de Olivier en un supremo esfuerzo y corrió hacia Etienne. Clavó los ojos en aquel rostro, en aquellos rasgos de ratón, puntiagudos y lívidos, que, iluminados trágicamente por la llama roja de la vela, iban tomando gradualmente un color terroso. Etienne, a su vez, amordazado, derribado hacia atrás con los pies sujetos por las manazas de Otto y el arma hundida en el pecho, le contempló hasta el final con una extraña mirada que se fue oscureciendo lentamente hasta adquirir una terrible fijeza. Otto soltó las piernas y el Calabaza desató el pañuelo de seda y se lo volvió a anudar a su cuello. Echaron el cadáver encima de la mesa. —¡Nada de bromas, Zidore! ¡Nada de bromas! —repitió Olivier. Pero Zidore, atontado, no se movía siquiera. Fue el Rojo quien abrió la chaqueta del muerto. Le desabrochó el chaleco, los tirantes, le registró debajo de la camisa y levantó el cuerpo, buscando la hebilla del cinturón sobre aquella piel aún caliente. Bruscamente retiró las manos, se las olfateó, y las sacudió, y luego las limpió en la chaqueta de Etienne. —¡Se ha ensuciado de miedo, el puerco! Y luego volvió a hundir las manos entre la ropa. Sobre la mesa, al lado del cadáver y entre un olor fétido, se repartieron el oro. Había veintisiete mil francos. Olivier metió la parte de Zidore en el bolsillo del muchacho. El Rojo fue hasta la

puerta de la calle y volvió inmediatamente. —No hay nadie. Podemos largarnos. El Calabaza sopló la vela. Salieron. No quedó en la mísera cocina más que Etienne, sobre la mesa, con el vientre desnudo, el rostro de rata vuelto al techo y los ojos abiertos. Apenas fuera, el Calabaza, Otto el desertor y el Rojo, desaparecieron a carrera tendida, en la noche y la lluvia. Olivier se quedó con Zidore, arrastrándole como a un niño. —Ven, ven, Zidore... Son malos estos aires. Pero Zidore se apoyó en la pared, incapaz de seguir andando. Sintió una gran náusea y un vómito espantoso le hizo estremecer. Pareció que fuera a sacar todo lo que tenía en el vientre. Por espacio de unos instantes pareció preso del estertor de la agonía. Olivier, sosteniéndole la cabeza, le ayudaba. Zidore se irguió penosamente, vacío y jadeante, con el rostro chorreante de sudor y de lágrimas. Se tambaleó. Olivier le cogió por las muñecas, se lo cargó a la espalda y se hundió en las tinieblas con su fardo humano. SEGUNDA PARTE. CAPÍTULO CUARTO.

3. Durante algunas semanas, Zidore llevó una extraña vida desarreglada, una existencia que parecía una huida perpetua de la soledad, del silencio y la meditación. Buscaba el ruido, el tumulto, la multitud. Gustaba de la atmósfera insoportable y pesada de los figones, de las tabernas, del «Bac a Puces», el ardor del alcohol y el delirio de las borracheras y la orgía. En juergas gastó dos mil francos oro en una semana. Luego cayó enfermo. Estaba intoxicado de alcohol y su organismo rechazaba el veneno. Abatido, postrado, miserable, incapaz de alejar la obsesión de su acto, incapaz de beber, Zidore estaba sumido en una especie de agotamiento físico que le mantenía la cabeza lúcida y el cuerpo embrutecido... Y tan pronto como estuvo un poco repuesto, huyó nuevamente de la soledad, siguió bebiendo y cayó en una especie de locura furiosa, a la que sucedió una segunda fase de agotamiento. Georgina acabó por espantarse. Zidore se volvía cada día más feroz, más horroroso. Ella se preguntaba si no habría perdido la razón. Le pegaba, la tenía encerrada a su lado días enteros y luego la apartaba de sí con disgusto, echándola como a un animal. La verdad era que a Zidore le causaba cada vez mayor repugnancia. Le horrorizaba. Por ella, por aquella hembra sin alma, por aquella perra en celo había cometido aquel fratricidio, aquella cosa horrible que, al pensar en ella, sopesaba y la juzgaba con una espantosa lucidez. Hubiera podido decirse que su crimen le había abierto los ojos, le había hecho luz sobre sí mismo y sobre su amante hasta el punto de hacer que por primera vez la viera tal como era. Llegaron a tanto los malos tratos de Zidore que ella se escapó con todo el oro que pudo robar. Desapareció completamente de la existencia del fratricida, sin que él le diera ya más importancia que a una sombra, a una de aquellas figuras quiméricas y abominables que se le aparecían en sus pesadillas. Aquella mujer, por la cual había matado y que había sido toda su vida, que la había poseído en carne y alma, dejó de existir para él, sumergiéndolo, obsesionado por una preocupación mucho más grande, más absorbente, más alucinante. Cuando se paraba a pensar, no se comprendía siquiera a sí mismo. No se habían cumplido las dos semanas de su crimen cuando apenas le quedaba ya dinero. Se había hartado de gastarlo, como si aquel oro estuviese atado, ligado al recuerdo de su crimen. Ni siquiera había sacado un provecho para sí mismo. Antes había tenido sueños delante de las tentaciones, de los escaparates, del lujo. «¡Si tuviera dinero!» Y una vez en su poder lo había gastado de una manera insensata, derrochándolo con los demás, gastándolo en bebidas, tirándolo, dejando tras él un rastro de oro. Había creído poder realizar sueños, había intentado comprarse cosas, pasarse una buena vida. Se ofreció a sí mismo un pañuelo de seda blanco, un alfiler de corbata en forma de herradura, un reloj. Y luego, irrazonablemente, sintió delante de aquellas cosas un horror mezclado de miedo. Las escondió, las destruyó, las echó a un retrete furtivamente, como si hubieran sido objetos peligrosos, comprometedores, como si hubiera podido reconocerse que procedían de un crimen. Fue inútil que tratara de contenerse, que tratara de convencerse a sí mismo de que todo aquello eran tonterías. No por ello conseguía devolver a su espíritu la tranquilidad perdida. Y al lado de aquellas, le asaltaban otras inquietudes más precisas. ¿Qué habría sido del cuerpo de Etienne? ¿Se habría descubierto ya el crimen? ¿Se estaría buscando ya a los culpables? Tras el asesinato, la casa de Etienne seguía cerrada, y Zidore no se atrevía a volver a casa de sus padres. Tanto si se conocía el crimen como si no, la madre, al menos, debía estar bastante angustiada por la súbita desaparición de Etienne. ¿Cómo representar ante ella cualquier odiosa comedia? A pesar de su depravación moral, Zidore había guardado hacia su madre un resto de ternura y de piedad. ¿Qué pensaría ella de la desaparición de su hijo? Poco a poco, la obsesión fue aumentando. Zidore hubiera dado su vida por saber si se conocía la muerte, si el cadáver había sido descubierto. Era una curiosidad irrazonable, peligrosa e inútil, pero no por ello menos voraz. Por fin, acabó por rendirse a ella y se encaminó a la Place du Travail, repitiendo dos veces, tres veces, el camino y aproximándose cada vez más con una prudencia de felino, a aquella casa desierta situada en la calle de Ma Campagne. Un encuentro con cualquier transeúnte le hacía esconderse y huir, como si las gentes fueran a sospechar, al verle tan solo atravesar la calle. Por fin se atrevió un anochecer a pasar ante la casa donde se cometió el crimen. Todo seguía cerrado, silencioso, muerto. Solo debajo de la puerta, en el hueco de la cerradura y los intersticios de los batientes, un hormigueo negro y repugnante mostraba una única señal de vida. Zidore se detuvo para contemplarlo. Eran moscas, millones de moscas. No pudo contener un escalofrío y un sudor helado bañó sus sienes

al comprender. Volvió también al día siguiente y al otro. El temor fue haciéndose mayor hasta convertirse en una obsesión. Con las primeras sombras del anochecer fue pasando por delante de la taberna vacía una y otra vez. Pero a la semana siguiente, un día nublado en que anocheció pronto, no pudo resistir la tentación y se deslizó entre los alambres que cercaban el solar contiguo a la taberna. Atravesó la árida extensión llena de basura maloliente y de hierros enmohecidos, luego se encaramó al muro y se dejó caer en el patinillo de la casa desierta. El corazón le latía con fuerza y permaneció unos instantes inmóvil: nada, ningún ruido. Tan solo el silencio y la tristeza de la noche. Aquel minúsculo patio, cenagoso y fétido, lleno de bidones herrumbrosos, de detritus, increíblemente sucio y negro, era siniestro. De puntillas, como si fueran a oírle, Zidore se adelantó hacia la ventana de la cocina y apoyó su frente sobre el cristal lleno de polvo y de hollín. La cocina estaba envuelta en sombras y adivinó más que vio la horrible forma humana sobre la mesa. Afuera sopló el viento, y un rumor llegó hasta sus oídos: la voz triste de la noche... Zidore se sobresaltó de temor, de un salto escaló el muro y huyó. Habría muerto de miedo si algo hubiera tratado de detenerle. Aquella noche soñó con Etienne, con su rostro pálido, sus ojos negros, su aguda cabeza entre los hombros altos y deformes. ¿Qué había en el fondo de aquella mirada suprema? ¿Qué había querido decir al morir? ¿Cuál había sido su postrer pensamiento? ¿Qué maldición había salido de sus labios ya cárdenos? El sueño se repitió una y otra noche con monótona insistencia. Zidore sintió un frenético deseo de confesarse. Un vestigio de su infancia le reclamaba la limpieza del alma, el inexpresable alivio que experimentaba entonces, en tiempos del catecismo. Deseaba volver a hallar aquella impresión de libertad, de renovación. Sentía necesidad de confesarse, de confesarse a cualquier precio... Pero ¿a quién? ¿A un sacerdote? Zidore había perdido la fe. ¿A Georgina? Georgina había huido, marchándose a vivir con el Rojo. Y, además, Zidore ya no sentía por ella más que repulsión y odio. ¿A su madre? ¿Ir a decir a su madre: «He matado a mi hermano Etienne, he matado a tu hijo»? ¿Con qué imprecación no habría condenado el fratricidio? ¿Confesarse, acaso, a Léonie, su hermana? No; no podía decirle: «He matado a tu hermano». Palabras semejantes no pueden traspasar apenas los labios. ¿Sería ella capaz de leer en su rostro, de adivinar lo que le abrumaba? Pero precisamente aquel segundo en que ella comprendiera que Zidore había matado a Etienne sería el más terrible... El cadáver fue descubierto al fin. Zidore lo supo por Olivier. No hizo ninguna otra pregunta. No quiso oír nada más. Se sintió incapaz de hacer nada, no sabiendo si tenía que ir a casa de sus padres, asistir a las exequias, fingir o bien desaparecer. Si iba, leerían la confesión en su rostro. Si no iba, despertaría sospechas. Hiciera lo que hiciese, se sabría de todos modos que había asesinado a Etienne... Y optó por darse a la bebida. Muy pronto tuvo la impresión extraña e inexplicable de que le seguían. Se sentía perseguido, acorralado. No tenía ningún indicio material de que eso sucedía, pero una extraña certidumbre, que parecía surgir de su subconsciente, se lo imponía en todos los instantes. Acaso no fuera más que una imaginación, pero sentía más temor de ella que de un peligro real. Se sintió verdaderamente aliviado cuando la amenaza se precisó, cuando en los garitos, en los tugurios, en el «Bac a Pucés» y en el «Piojo Volador» le advirtieron que los polizontes le buscaban, que repasaban las listas de alojamiento tratando de hallar su nombre. Se trasladó de domicilio tres o cuatro veces seguidas, cambiando de taberna y de tabuco. Su dinero se evaporaba. Tuvo hambre, se arrastró durante el día, errando sin descanso y durmiendo por la noche al azar en cualquier banco. Hubiera deseado hacer contrabando para ganar un poco, pero le faltaba dinero para comprar las mercancías. Veía enemigos por doquier. Sentía locos temores por causa de una mano que se posaba con cierta brusquedad en su hombro, al escuchar unos pasos detrás de él, al sorprender cualquier mirada insistente. No se atrevía a salir sin arma de la habitación miserable que había acabado por encontrar por treinta sous semanales en una sórdida taberna del barrio de la Guinguette. Andaba con la mano en el bolsillo de su chaqueta, apretando la culpa de un revólver, preparado para sacarlo y hacer fuego al menor gesto. Estaba seguro de que terminaría por matar a alguien y no se atrevía a beber, pues el alcohol sobreexcitaba su delirio, suscitando ante sus ojos abominables espectáculos de putrefacción. Cayó enfermo en el reducto innoble donde vivía y durante tres días estuvo abrasado por la fiebre, dando vueltas sin cesar en su jergón y reflexionando tan intensamente que el tiempo se le hizo corto. Repasó toda su existencia, desde sus comienzos, bajo la tutela de un padre duro y una madre resignada. La mina, el carbón, el rudo trabajo, los camaradas y las muchachas con las que bromeaba al anochecer cuando salía del pozo, sudoroso y negro, volvieron a desfilar por su imaginación. Vista desde el infecto zaquizamí, aquella era una vida sana y como luminosa. Luego había estallado la guerra; la batalla de Charleroi, la destrucción de la mina por los alemanes, las toneladas de metralla y de hierro echadas al fondo de los pozos mezclados con dinamita, la agonía de los caballos en el fondo de las galerías, la huida de la población y, finalmente, la llegada a Roubaix, el contrabando, el boxeo, la cárcel, la vida de crápula y Georgina... Ella había sido la caída definitiva: el hambre, el frío y la miseria, soportado todo con un estoicismo estúpido y obstinado. Y todo aquello para terminar en una taberna desierta, un anochecer... ¿En qué momento había cometido la falta? ¿En qué instante había sido culpable? ¿Cuándo se había encontrado lúcidamente delante de su propia responsabilidad? Todo

aquello había penetrado en él lenta, insensiblemente, obrando como un veneno o una droga. ¿Qué le había faltado? ¿Voluntad? ¿Valor, perseverancia, resignación? ¿Acaso no había tenido? ¿Es que no había derrochado tesoros por causa de Georgina? «¿Qué hubiera debido hacer? —pensaba Zidore—. ¿Qué otro hombre hubiera podido ser empleando de otra manera el mismo esfuerzo? ¿Qué me ha faltado? ¿Qué sostén me ha faltado? ¿Qué luz? ¿Por qué el azar me ha privado de lo necesario y hasta qué punto soy culpable?». Por espacio de tres días vivió como sumido en un abismo. Al cuarto día se levantó, desfallecido y macilento, pero aliviado y con el espíritu un poco más lúcido por la constante reflexión de su aventura. Consiguió lavarse sin demasiado esfuerzo, no quiso tomarse la molestia de afeitarse y, luego, comió como un hambriento un mendrugo de pan duro que encontró. Tenía un hambre devoradora y no pudo menos que pensar en Olivier, que habitaba también en el barrio de la Guinguette. Decidió llegarse hasta su casa. El aire le reconfortó. Las gentes se volvían a contemplar su rostro sin afeitarse, su pelo erizado y su rostro pálido, marcado por el sufrimiento y las pruebas. Olivier estaba en su habitación y le dio un soberbio pedazo de carne, de una libra al menos. Como no había fuego ni en casa de Olivier, ni en la suya propia, Zidore se comió un pedazo crudo. Envolvió lo restante en un papel y se fue hacia L'epeule, al «Bac a Puces». Mélie lo acogió con amabilidad. Le permitió entrar en la cocina, como estaba reservado a los buenos clientes, y le dejó un fogón. Zidore derritió manteca y, después de freír la carne, se la comió. Como no tenía dinero, no se atrevió a pedirle pan a Mélie. Reconfortado, se apoyó en la mesa de la cocina y se durmió.

SEGUNDA PARTE. CAPÍTULO CUARTO. 4. Roche, el inspector de orden público, había perdido mucha fuerza desde la invasión. En primer término, no tenía siquiera armas. Le habían arrebatado sus revólveres y sus porras. El prestigio de los «diablos verdes» eclipsaba el suyo. No le temía ya nadie y su palabra había perdido aquella seguridad, aquella autoridad que le daba antes la conciencia de su dominio sobre el hampa. Armado tan solo de sus puños, procuraba apartarse de aquellos bribones que llevaban en sus bolsillos buenos revólveres cargados. Es innegable cómo puede sentirse desnudo un hombre fuertemente armado de ordinario, al que despojan súbitamente de sus armas. Los asuntos de Roche se limitaban a puerilidades. Robos de arrapiezos, disputas de mujeres, búsqueda de mano de obra por cuenta de la Kommandantur. De vez en cuando, los alemanes ordenaban al comisario central: —Nos hacen falta cinco albañiles, tres toneleros y dos guarnicioneros. Enviaban a Roche y sus subinspectores a que los buscaran. Ellos volvían con las manos vacías, en una manera casi valiente de testimoniar su patriotismo. A pesar de ello, Roche había trabado algunas amistades entre los gendarmes. Tenían los mismos gustos, practicaban el mismo culto del músculo, contaban las mismas historias de arrestos, las mismas aventuras femeninas y hacían gala de igual vanidad, un poco insensata de quienes están habituados a frecuentar los bajos fondos. Y, además, la rapidez y rigidez de aquella maravillosa máquina de mando que eran las oficinas alemanas y su policía, inspiraban a Roche gran admiración. Nada había que objetar sobre ellos. Uno se sentía gobernado. El francés que había en él murmuraba contra los invasores; el policía los admiraba. Fue Roche el encargado de hacer averiguaciones sobre la muerte de Etienne. Un mes después de cometerse el crimen, se había descubierto el cadáver gracias a las moscas. Los transeúntes de la rue Ma Campagne advirtieron en el umbral de la puerta de una taberna vacía, un largo cordón pululante de moscas. La policía abrió y en la cocina encontraron a Etienne comido por los insectos. Roche comenzó las averiguaciones. Conocía a los Duydt. Supo que Zidore había hecho en aquellos últimos tiempos una vida desenfundada en los cafés de L'epeule. Se le habían visto piezas de oro. Y Roche no ignoraba que Etienne se dedicaba al tráfico de dinero. Mandó que buscaran a Georgina. Esta acudió a la Comisaría Central de mala gana. Hacía una semana que había abandonado al Rojo. —Oye, chica —dijo Roche—. Eres muy conocida y no por tus buenas acciones... —¿Me han llamado para decirme eso? —No. Has tenido un pequeño asunto sentimental con Zidore, Zidore, el boxeador. —Ya no estoy con... —Eso no importa. En estos últimos tiempos ha gastado mucho oro... —Sí... —Bien. Luego ha desaparecido. Pero preciso verle. Si me ayudas a encontrarlo, seguirás tranquila, si no... A los dos o tres días volvió Georgina; pero sin haber conseguido todavía dar con Zidore. Roche comenzaba a irritarse cuando al día siguiente, mientras leía en su oficina los informes, Guilhem, su subinspector, llegó alegre y triste a la vez. —¿Zidore está en el «Bac a Puces»? —¿Qué? —Estaba, al menos, hace un cuarto de hora. He visto a Georgina. —¡Aprisa! Es necesario cogerlo en seguida. —Sí, pero tiene su triquitraque. Parece que esta decidido a usarlo... Roche se detuvo instantáneamente. —Eso es grave. —¡Claro! —Hay que pedir órdenes al patrón. ¡Vamos! Descendieron de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera que conducía al despacho del comisario central. —Zidore Duydt ha sido descubierto. —¡Deténgalo! —Está armado. —¡Diablo! —exclamó el comisario central. —¿No podríamos obtener revólveres en la Kommandantur? —Vamos a intentarlo. La Comisaría Central estaba situada junto a los despachos de la Kommandantur. Acudieron a un oficial, pero este rehusó concederles armas. Sin embargo, se ofreció a escoltar a los dos subinspectores por tres policías alemanes. Partieron al cuarto de hora; los tres policías se burlaban de los inspectores. —¿Tenéis miedo, pobres franceses? Ruprecht, un mocetón de rostro congestionado, sostenía con la mano derecha un enorme dogo de Ulm y con la izquierda daba

golpecitos en el hombro de Roche. —¡Ah! ¡Ah! ¡Policeman francés! Roche y Guilhem, sintiéndose vejados, no pudieron menos que protestar. —¡Qué valientes sois vosotros! También iríamos solos si lleváramos un triquitraque de esos en el bolsillo. Ruprecht se echó a reír. —¿Revólver? No es necesario, no es necesario... Aquel policía era conocido por su buena pasta. Con un metro noventa de altura y una corpulencia singular, tenía de su servicio una concepción especial. No encarcelaba nunca a los delincuentes y a la hora de queda se le acostumbraba ver con el enorme dogo de Ulm a su lado. En cuanto aparecía una sombra retardada o un rezagado cualquiera que volvía a su casa no muy sereno, Ruprecht corría, atrapaba al delincuente y lo enviaba a dormir con un puntapié definitivo en los riñones. En el fondo, todos preferían salir tan bien librados. Ruprecht ponía en ello una cierta lealtad, una especie de honestidad deportiva. Corría como un elefante y poseía unas piernas inmensas que hacían difícil la fuga a cualquier malhechor. Y eso le hacía pensar que los que escapaban a su persecución bien merecían que se les dejara en paz. Sus éxitos con el elemento femenino eran grandes. Era un moretón apuesto y estaba orgulloso de su prestancia. Se atusaba la cabellera con cosméticos y llevaba su boina muy aplastada e inclinada sobre la oreja con aire jacarandoso. Descendieron por la rue Saint-Georges. Roche y Guilhem se adelantaron, no demasiado satisfechos por ser escoltados de aquel modo por policías alemanes. Para atajar, descendieron la rue de L'epeule. Se detuvieron a pocos pasos del cabaret «Bac a Puces». El baile estaba en todo su apogeo y por la puerta salían las notas discordantes de la música. —¿Qué hacemos? —preguntó Guilhem—. Habría que bloquear la entrada particular. —Vosotros dos por aquí —ordenó Ruprecht a los inspectores, mostrando el corredor—. Nosotros por allá. —Y señaló la entrada al cabaret—. ¡Aprisa! Y los tres alemanes se adelantaron hacia el cabaret. Los dos inspectores se deslizaron en el corredor. Inspectores por un lado y policías por el otro hicieron una entrada repentina acompañados del perro. —Halt! El baile se interrumpió. El pesado pataleo de las parejas sobre el entarimado crujiente y enarenado se detuvo súbitamente. La atmósfera estaba cargada y tenía una opacidad azulada que apenas dejaba ver a los dos inspectores que guardaban las puertas del fondo. Nadie hablaba. Y en el silencio general, la musiquilla seguía sonando insistentemente, como un grotesco leit-motiv. —Papieren! Salieron los papeles. Había allí unas quince prostitutas con algunos chulos, aficionados todos ellos a hacer uso de los puños y de sus cuchillos a la menor ocasión. Pero ni uno de ellos se movió. Los «diablos verdes» descalabraban a cualquiera al menor gesto de rebeldía. Ruprecht fue cogiendo las tarjetas. Luego, hizo que se colocaran los hombres a la derecha y las mujeres a la izquierda, en el fondo del cabaret. —¡Hermosa, hermosa señorita! —decía mientras las empujaba hacia su rincón. Guilhem y Roche habían avanzado hacia el mostrador, donde Mélie Nauserais, un poco pálida, aguardaba sin conmoverse demasiado. —¿Está aquí ese boxeador llamado Zidore? —No —respondió Mélie en alta voz. Pero su pulgar, por encima del hombro, señaló la puerta de cristales de la cocina. Roche comprendió y se adelantó con prudencia hacia la puerta. Puso la mano sobre el picaporte de loza, pero en aquel mismo instante sonó un disparo y un cristal se pulverizó a dos pulgadas por encima de su cabeza. —¡Diablo! —exclamó Roche retrocediendo. Tanto Guilhem como él habían palidecido. Desde su rincón, los alemanes que vigilaban a los concurrentes contemplaban la escena sin pestañear. Ruprecht se encogió de hombros. —¡Policía francesa! —dijo con desprecio. Se adelantó a su vez. Empuñó una de las grandes planchas de madera que servían para cerrar las ventanas cuando anochecía. La levantó, tomó impulso y desde el centro de la sala lanzó el tablero como un ariete. La puerta, derribada, fue a caer en medio de la cocina. Sonaron inmediatamente dos disparos. En el interior de la cocina, parapetado tras la mesa derribada, de rodillas y sin dejar al descubierto la más mínima parte de su cuerpo, Zidore aguardaba la acometida. Todos los concurrentes se retiraron al abrigo de la pared, junto al mostrador. —id ahora —dijo Ruprecht a los policías franceses. — ¡Bribón! —gritó Roche lleno de furor—. ¡Te burlas de nosotros! — Id ahora —repitió Ruprecht con aire burlón, tendiéndoles sus revólveres. Roche, que había visto la muerte a su lado hacía muy pocos minutos, dudaba. Guilhem también. Ruprecht encogió sus anchos hombros. —¡Vais a ver, franceses! ¡Vais a ver! Dejó los revólveres sobre el mostrador. Cogió una silla y la levantó hasta la altura del rostro. Y detrás de aquel escudo se adelantó hacia la cocina para aplastar a Zidore. Este seguía arrodillado. No reflexionaba ya. No veía más que una cosa: aquel hombre que avanzaba. Matar o morir... Sin haberlo querido, Zidore se hallaba lejos de toda posibilidad de retroceso. El destino parecía obrar por su cuenta, sin atender a sus propios deseos o propósitos. Por encima del borde de la mesa levantó imperceptiblemente la pequeña cabeza huesuda y pálida, de mejillas hundidas. La barba sin afeitar le brillaba con destellos dorados. Contemplaba el avance de Ruprecht con una atención de animal salvaje. Le parecía estar jugando a algún terrible y apasionado juego, donde no se arriesgara su vida ni la de otro hombre, sino que fuera sencillamente una cuestión de habilidad. A dos pasos de él, Ruprecht bajó insensiblemente su silla para ver mejor. Zidore disparó. Como alcanzado por un mazazo, el gendarme vaciló y se desplomó hacia atrás con una mancha de sangre en la frente. Un breve espasmo agitó su cuerpo gigantesco. Fue como una señal. El gran dogo de Ruprecht, sin que nadie le azuzara, se lanzó hacia delante con un aullido. Sin duda el animal comprendía lo que estaba ocurriendo. Zidore

rodó debajo de él. Roche, Guilhem y los dos alemanes se precipitaron entonces hacia la mesa. El furor y la vergüenza habían disipado su temor. Sonaron algunos disparos. Una bala rompió un cristal. Saltaron pedazos de yeso de la pared. Zidore se acurrucó en un rincón como un animal acosado. De una patada le saltaron los ojos. Otra le arrancó de un solo golpe toda la máscara facial. Un alemán le golpeó con un taburete, aplastándole la nariz, los dientes y el rostro. Una lluvia de patadas y puñetazos cayó sobre su vientre y se oyó el crujido de sus huesos. Fatigados y sin aliento, se detuvieron por fin. El informe montón de carne humana que había a sus pies lanzaba unos gemidos animales. Los soldados alemanes invadían ya el cabaret de «Bac a Puces». Recogieron el cadáver de Ruprecht y lo depositaron sobre una mesa. A su lado colocaron el cuerpo de Zidore, insignificante al compararlo con el del coloso. Todavía palpitaba. Cubrieron su rostro sanguinolento con un saco. Alguien fue a avisar a un médico. Era un viejo flemático, pero, a pesar de ello, retrocedió al destapar el rostro de Zidore, hecho papilla, que dejaba al descubierto, entre un gotear rojizo, las quijadas, los dientes y el cartílago roto de su nariz. Los ojos reventados habían salpicado las órbitas. El médico volvió a cubrir aquella visión con el saco y lo auscultó por encima de la arpillera. —¡Se acabó! No vivirá ni diez minutos... Zidore Duydt ya no sufría. Apenas percibía aún voces lejanas. Aquello era la muerte... ¡Qué facilidad! ¡Qué alivio! Inconsciente ya, contemplaba la imagen de un ser pueril, hecho de carne doliente y de pasiones, incoherente y miserable, que había sido Zidore Duydt. Lo contempló con ternura y piedad, como si aquel ser, resultado irónico del azar, de un destino caótico, no hubiera sido él. De todas maneras, aquello no importaba... Veía la imagen desde muy lejos, muy alto. No sentía hacia ella ningún desprecio, sino más bien una gran indulgencia piadosa hacia aquella pobre carne dolorosa e infinitamente débil que había malgastado tanto valor, tanta voluntad y tanta energía para nada y para quien la vida no había sido más que tumulto y esterilidad, falta de un objetivo, de un ideal vivificante. Él no era culpable. En aquel instante le asaltaron supremas evocaciones del mundo, rostros borrosos... Su hermana, su madre, Georgina... Las vio alejarse, y desaparecer con indiferencia. No experimentó ningún pesar. Solo el recuerdo de Etienne despertó en él un vago terror... Pero no se reflejaba ningún odio en aquel rostro enjuto y pálido, endulzado y como despojado de amargura. Únicamente una inmensa piedad, una gran misericordia... Zidore hizo un desesperado esfuerzo para no perder aquella visión. —¿Qué es lo que ha murmurado al morir? —Algo así como «Etienne», creo —dijo Roche—. Cógelo por los pies, Guilhem... (*Buffalo missouri murder 1967*).

Audiolibro Invasi N M Van Der Meersch 2 Parte Cap Tulos I li lii lv

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>